

¡Adorada sea la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo!

**IGLESIA CRISTIANA PALMARIANA
DE LOS CARMELITAS DE LA SANTA FAZ**

Residencia: "Finca de Nuestra Madre del Palmar Coronada", Avenida de Jerez, Nº 51,
41719 El Palmar de Troya, Sevilla, España.

Apartado de correos de Sevilla 4.058 — 41.080 Sevilla (España)

Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica y Palmariana



VIGÉSIMA CARTA APOSTÓLICA

La juventud palmariana

Nos, Pedro III, Sumo Pontífice, Vicario de Cristo, Sucesor de San Pedro, Siervo de los siervos de Dios, Patriarca del Palmar de Troya, de Glória Ecclésiæ, Heraldado del Señor Dios de los Ejércitos, Buen Pastor de las almas, Inflamado del Cielo de Elías y Defensor de los Derechos de Dios y de la Iglesia.

Se acercan formidables tribulaciones para el mundo entero, y pronto vendrán grandísimos sufrimientos para toda la Iglesia; y vosotros, los fieles, ¿estáis preparados para ello? La mejor preparación consiste en amar mucho a Dios y a su Madre Santísima, pero parece que hay muy pocos que aman a Dios intensamente. Es urgente remediar esta situación, mirando el ejemplo de Santa Teresita que, por su ardiente amor a Dios y a las almas, tuvo tanta fortaleza en el dolor. Debéis repetir muchas veces, incluso cuando estáis trabajando o andando, esta invocación sencilla: "Jesús, te amo," porque tales actos de amor purifican el alma, nos consiguen las gracias necesarias para soportar los grandes sufrimientos que se acercan y nos fortalecen en la fe; es necesario tener mucho amor a Dios para poder aceptar la cruz y sufrir mucho. Si todos se empeñan en decir con mucha frecuencia: "Jesús, te amo," entonces llegarán a amarle con tanto deseo que estarán dispuestos a morir por Él; así recibirán gracias especiales para crecer en el amor a Dios y conservar su Gracia en el alma, que es lo único que realmente importa en esta vida. Cuando uno hace continuos actos de amor, va creciendo en el amor a Dios y queda tan unido a Jesús dentro de su corazón que estará dispuesto a soportar cualquier sufrimiento antes que ofender a Dios; y sólo así podrá superar las grandes pruebas que vienen en un futuro no lejano. El amor a Jesús es lo que más vale, como explica Santa Teresita: "La más pequeña obra, la más escondida, hecha por amor, tiene muchas veces mayor precio que las grandes obras. No es el valor ni aun la santidad aparente de las acciones lo que cuenta, sino solamente el amor que se pone en ellas, y nadie puede decir que no es capaz de dar estas cositas a Dios, pues están al alcance de todos." Para estos momentos es la advertencia del Apóstol San Tadeo: "Manteneos firmemente unidos, amadísimos hijos, en oración y vigilancia. Son tiempos muy difíciles, y Satanás no se rinde ante su ambición infernal de ganar almas para su causa."



Hemos llegado felizmente al final de este Glorioso Año Santo de la Santa Faz, y los fieles que han rezado todos los días sin falta, durante todo el Año Santo, el Santo Viacrucis a la Santa Faz de Jesús o el Santo Viacrucis Gregoriano, han ganado ya, el 31 de diciembre, el Indulto General de todas las excomuniones y pecados del pasado, para una mayor tranquilidad de las almas, si siempre han confesado y han presentado sus excomuniones con rectitud, sin ocultar nada a sabiendas.

Gracias a este Indulto General del Año Santo de la Santa Faz, confiamos que estaréis todos con el alma limpia como después del Bautismo, y más fortalecidos para enfrentar las tribulaciones que se acercan. Perseverad asiduamente en rezar el Santo Viacrucis todos los días sin falta y, sobre todo, conservad celosamente esa pureza del alma, ahora más necesaria que nunca. Es nuestro mayor deseo que los fieles palmarianos continúen con la piadosa costumbre de rezar el Santo Viacrucis a la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo todos los días. Traerá muchas gracias y bendiciones sobre la Iglesia y las familias. ¡Cuántos beneficios debemos al rezo del Santo Viacrucis durante el Año Santo de la Santa Faz! Mirad, por ejemplo, el aumento de vocaciones religiosas, o la protección de Dios sobre las

familias palmarianas en medio de las restricciones. Durante el nuevo año que ahora empieza, serán todavía más necesarias las gracias especiales que recibís por acompañar a Cristo cargado con la Cruz en la Vía Dolorosa, por lo que insistimos: seguid siempre con el rezo diario del Santo Viacrucis.

Al comienzo de su vida pública, Nuestro Señor Jesucristo permaneció cuarenta días retirado en el desierto, enseñándonos así cuán necesario es el recogimiento, acompañado de la oración y la penitencia, para vencer a Satanás y perfeccionarnos en las virtudes cristianas. Otra vez en el año 34, Jesús se retiró al Monte de la Cuarentena con los Apóstoles, y de nuevo, permaneció allí cuarenta días dedicándose de manera especial a la oración y al ayuno riguroso, en razón de que se aproximaba su Pasión y Muerte; y también para enseñar a sus Apóstoles y discípulos cómo debían prepararse para los acontecimientos venideros.

El Año Santo de la Santa Faz fue una preparación como la cuarentena de Cristo, y tenemos que seguir preparándonos. No hay que desanimarse por la situación mundial; llega el momento en que hemos de estar más vivos que nunca y con el valor que caracteriza a los soldados de Cristo. En el Evangelio nuestro Salvador anunció estos terribles acontecimientos apocalípticos que ya se nos echan encima: “Cuando viereis guerras y oyereis rumores de nuevas guerras y de sediciones, no os turbéis. Porque conviene que esto suceda antes. Mas, aún no será el fin. Porque primero se levantará gente contra gente, y reino contra reino; y habrá enfermedades repugnantes y epidemias devastadoras, y terremotos por los lugares, y hambre, y cosas espantosas, y grandes señales del cielo. Y todo esto no será más que el principio de los dolores. Mas, guardaos a vosotros mismos... Se multiplicará la iniquidad, hasta el punto que desaparecerá la caridad en muchos, a causa de las grandes apostasías. Mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo.” Luego Cristo añadió palabras de aliento: “Cuando vosotros viereis todo esto, sabed que está cerca el Reino de Dios en la Tierra... Cuando comenzaren, pues, a cumplirse estas cosas, mirad, y levantad vuestras cabezas, porque cercano está el día en que la Tierra será purificada y renovada.”

El Señor dijo aquellas palabras precisamente para nosotros, para que tengamos mayor fe, confianza y amor a Dios. De la misma manera habló Cristo a sus discípulos antes de su sagrada Pasión: “Vosotros lloraréis y gemiréis, mas el mundo se gozará. Y vosotros estaréis tristes, mas vuestra tristeza se convertirá en gozo... Vosotros ahora ciertamente tenéis tristeza, mas otra vez os he de ver, y se gozará vuestro corazón, y ninguno os quitará vuestro gozo... Hablo estas cosas mientras estoy en el mundo, para que, en este momento, participen cumplidamente de mi gozo por la proximidad de la Redención.”

Ya estamos viviendo la pasión de la Iglesia; ya llegan los momentos decisivos, los momentos de dolor que precederán al glorioso triunfo de la Santa Iglesia. Estos momentos de situación mundial caótica y de desánimo para los del mundo, deben ser tiempos de esperanza, oración y confianza para los palmarianos. Los grandes sufrimientos que padecemos todos ahora evidencian que Cristo está pasando lista en su ejército, preparándonos para la batalla definitiva. Oración y penitencia son el mejor remedio y preparación para esta batalla que con claridad se aproxima. Llenad vuestros corazones de generosos sentimientos de amor a Dios, y tened confianza en su amorosa providencia, para que así estéis dispuestos a llevar la cruz que os envíe, en reparación al Eterno



Padre y para alcanzar la salvación eterna de las almas, y animaos con las palabras de Santa Teresita: “La santidad no consiste en decir cosas hermosas, ni consiste siquiera en pensarlas o en sentir las. Consiste en sufrir, y en sufrir toda clase de sufrimientos. ¡La santidad hay que conquistarla a punta de espada! ¡Hay que sufrir, hay que agonizar!” Vendrá un día en que las sombras desaparecerán, y entonces no quedará ya nada más que la alegría, la embriaguez. ¡Aprovechémonos de nuestro único momento de sufrir! No miremos más que al instante presente. Un instante es un tesoro. Un solo acto de amor nos hará conocer mejor a Jesús, nos acercará a Él por toda la eternidad.”

Los que gobiernan el mundo están imponiendo fuertes restricciones y obligaciones con mano dura. Nosotros también debemos actuar con más vigor. ¿Cómo? Espiritualizándonos, dejando lo mundano, mirando al Cielo y, por encima de todo, creciendo en el amor a Jesús, con continuos actos de amor, acompañados por la sincera ambición de servir a Cristo y María.

Para esto ha de servir el Indulto General, para empezar una nueva vida. Si en la vida pasada habéis tenido muchas caídas, ahora es el momento de empezar de nuevo, con el alma limpia como después del Bautismo, y esta vez hacerlo todo bien, confiando en la ayuda de María Santísima y practicando lo que es tan necesario en medio del trance actual: la verdadera devoción a María.

En el mundo, la corrupción moral sigue extendiéndose por todas partes porque, tristemente, se enseñan todos los vicios a la juventud. Los jóvenes palmarianos son el futuro de la Iglesia, y es preciso impedir a toda costa

que sean arrastrados por esa marea de perversión. Por este motivo les dirigimos los siguientes consejos y exhortaciones.

Hijos amadísimos: Que vuestro ideal sea el joven con carácter decidido. El joven que sabe reconcentrar su fuerza de voluntad, que sabe dominar sus sentidos, que sabe vencer la cobardía y la molicie. El joven que sabe tener en justa estima su alma inmortal y sabe luchar por conservarla pura. El joven que educa su entendimiento, educa su alma, y aun después de largos estudios, sabe sonreír con el espíritu inundado de sol. El joven de recia musculatura cuyos ojos brillan de gozo, cuyo rostro ríe de alegría cuando juega, pero que es serio y profundo, perseverante y diligente, cuando estudia. El joven que aprecia, sobre todos los bienes de la tierra, la Gracia Divina como la mayor de todas las riquezas y la única que debemos conservar para la vida eterna. Vuestro ideal sea el joven que nunca pierde de vista un solo momento el objetivo único, verdadero, santo, y, cueste lo que costare, decide que es necesario perseverar en la Fe y llegar a la santidad. ¿Y cómo deseas ser tú?

La energía de la voluntad es lo que distingue a un hombre de carácter decidido. Sólo los esforzados, decididos y con voluntad firme, son capaces de realizar grandes empresas, sean físicas, intelectuales o espirituales. Santa Teresa de Jesús explica que esta firmeza de carácter es la mejor manera de vencer al demonio y llegar a la santidad, cuando dice: “Va muy mucho en comenzar el camino de la oración con gran determinación, pues así el demonio no tiene tanta mano para tentar; tiene gran miedo a ánimas determinadas, que tiene ya él experiencia que le hacen gran daño, y cuanto él ordena para dañarlas, viene en provecho de ellas y de otras, y que sale él con pérdida. No osa tanto acometer a los apercebidos, porque es muy cobarde, y si viese descuido haría gran daño; mas si conoce a uno por mudable, y que no está firme en el bien y con gran determinación de perseverar, no le dejará a sol ni a sombra, le pondrá miedos e inconvenientes, que nunca acabe. Yo lo sé esto muy bien por experiencia, y digo que no sabe nadie lo mucho que importa. Otra cosa que viene mucho al caso es que el que tiene gran determinación pelea con más ánimo; ya sabe que, venga lo que viniere, no ha de tornar atrás. Es como uno que está en una batalla, que sabe que si le vencen no le perdonarán la vida, y que ya que no muere en la batalla, ha de morir después; pelea con más determinación, y quiere vender bien su vida, como dicen, y no teme tanto los golpes, porque lleva delante lo que le importa, la victoria, y que le va la vida en vencer. Es también necesario comenzar con la seguridad de que si no nos dejamos vencer saldremos con la empresa; esto sin ninguna duda, que por poca ganancia que saquemos, saldremos muy ricos.”

Este es el tema importantísimo de esta Carta Apostólica: Nos, estamos muy preocupado porque un gran número de jóvenes palmarianos se encuentra en grave peligro de claudicar ante los terribles acontecimientos que vienen, por causa de la voluntad débil y mudable que tienen. El remedio que hay que aplicar urgentemente es fortalecer esa voluntad, lo cual se consigue si hacemos muchos actos de amor a Dios y muchos pequeños sacrificios para agradar a Dios. Seamos muy fieles en cumplir nuestras obligaciones con puntualidad y esmero, y siempre en la presencia de Dios. Está profetizado que algún día, en un futuro próximo o lejano, muchos palmarianos tendrán que sufrir el martirio para conservar la Gracia de Dios. ¿Estáis dispuestos para ello? La mejor preparación es tener una voluntad firmemente decidida a morir antes que pecar, pero no confiéis en vuestras propias fuerzas como hizo San Pedro, sino orad y vigilad para no caer en la tentación.

Aprended del ejemplo de los Santos que conocéis, como la Mártir de la Pureza Santa María Goretti, de quien hablamos en nuestra decimocuarta Carta Apostólica. El Rosario y la contemplación del crucifijo fue para María una fuente donde se nutría de un intenso amor a Dios y de un profundo horror al pecado. La Comunión constante acrecentó en ella el amor por la pureza y la animó a tomar la resolución de conservar esa angélica virtud a toda costa, por lo que prefirió morir antes que cometer un pecado contra la castidad. Igualmente, Santo Domingo Savio, cuyo lema era ‘antes morir que pecar;’ y Santa Teresita, que ardía en deseos de morir por Cristo.

Uno de los mejores ejemplos de alma resuelta es Santa Juana de Arco, que era una humilde, pura y piadosa joven campesina, que no sabía leer ni escribir, pues no asistió nunca a ninguna escuela, pero resultó ser mejor educada que ninguno, porque tenía un carácter firme y decidido en el cumplimiento de la voluntad de Dios frente a los más formidables obstáculos, siempre con humilde confianza en la protección divina. Dios la impulsó a librar a Francia del dominio inglés y, a pesar del comprometido mensaje celestial, ella obedeció sin dudarle. Demostrando una fe incommovible, un abandono absoluto en la voluntad divina, una gran prudencia y una extraordinaria capacidad, se decidió a llevar a cabo la empresa. Luego fue juzgada en un inicuo proceso, y fue quemada viva a los diecinueve años de edad, confesando ella con gran decisión que sus visiones y voces celestiales eran verdaderas. Recordad la oración que Santa Teresita escribió inspirada en Santa Juana de Arco: “Señor, Dios de los ejércitos, que nos dijiste en el Evangelio: ‘No vine a traer paz, sino la guerra,’ ármame para la lucha. Ardo en deseos de combatir por tu gloria, pero te pido que fortalezcas mi valor... Mi espada no es otra

que el Amor; con ella arrojaré del reino al extranjero y te haré proclamar Rey de las almas que no quieren someterse a tu divino Poder. Es cierto, Señor, que no necesitas de un instrumento tan débil como yo; pero, como dijo Juana, tu virginal y valiente esposa: ‘Para que Dios dé la victoria, hay que luchar.’ Pues bien, Jesús mío, yo lucharé por tu Amor hasta la tarde de mi vida. Puesto que Tú no has querido gozar de descanso en la tierra, yo quiero seguir tu ejemplo...”

La vida es una batalla para alcanzar la santidad, y en estos tiempos apocalípticos la lucha es mucho más feroz. San Ignacio, para atraer para su causa el corazón del joven San Francisco Javier y para desengañarle de los sueños mundanos, le dijo que de nada le serviría ganar todo el mundo si luego se condenaba eternamente. Estas palabras, basadas en la sentencia evangélica “¿qué aprovechará al hombre ganar todo el mundo, si se daña a sí mismo perdiendo su alma?”, calaron tan profundamente en el alma del joven, que pronto se puso a trabajar con ardor en ganar todo el mundo para Cristo, y es conocido como el misionero más conversiones ha logrado después de San Pablo.

En el Evangelio, Cristo dijo que en los últimos tiempos se enfriaría la caridad: “Y se multiplicará la iniquidad, hasta el punto que desaparecerá la caridad en muchos, a causa de las grandes apostasías.” Pero en el santo fundador de nuestra orden carmelitana, las apostasías tuvieron el efecto contrario, pues le abrasaron de celo y caridad, por lo que exclamó: “Yo me abraso de celo por el Señor Dios de los Ejércitos, porque la mayoría de los del Reino de Samaria te han abandonado y viven dándote las espaldas”. El Profeta Elías se abrasó de celo precisamente porque sus compatriotas apostataron; igualmente nosotros, si de verdad amamos a

Dios, tenemos más motivos de abrasarnos de celo por el Señor Dios de los Ejércitos en medio de la actual gran apostasía apocalíptica. Ese mismo amoroso celo produjo el fuego de “la vehementísima predicación de Santiago el Mayor; pues, tanto judíos como gentiles, no podían resistir la celestial sabiduría y llama apostólica que ardía y consumía el alma de este ‘hijo del trueno’. La labor de Santiago el Mayor en Jerusalén hasta su muerte, atrajo a la Fe de Cristo a muchos.”

En la primavera el campesino sale a mirar su tierra y queda absorto en la contemplación de los surcos silenciosos. Como si preguntara: “¡Tierra mía! ¿Qué me darás este año?” Pero la tierra le devuelve la pregunta: “Antes, dime tú: ¿qué me darás tú a mí?” Así está también el joven ante la puerta misteriosa de la vida que le espera: “¡Vida! ¿Qué me darás? ¿Qué es lo que me espera?” Pero la vida le devuelve la pregunta, como la tierra al campesino: “Depende de lo que tú me des. Recibirás tanto cuanto trabajes y recogerás las mieses de lo que hayas sembrado.”

Al promulgar el Señor los Diez Mandamientos, dijo así: “Yo soy el Señor, tu Dios... No tendrás otro Dios más que a Mí. No idolatrarás.” El peligro de adorar a dioses falsos cerca violentamente también al hombre actual. Este, al principio, tan sólo quiere rendir culto a los ídolos, al mismo tiempo que al Dios verdadero; pero aquéllos (dinero, sensualismo, fama, orgullo) van conquistando cada vez más terreno y llegan, finalmente, a excluir por completo del alma el culto del Dios verdadero. Los judíos desatinados adoraron el becerro de oro en el desierto; todos los niños lo aprenden espantados en las lecciones de Historia Sagrada; y ¿qué es esto en comparación con la idolatría del hombre de nuestros días, que adora este globo terráqueo lleno de barro y le rinde culto como si fuera un dios?

Desde el Diluvio universal, los hombres nunca han hecho tantos trabajos de entendimiento, tantos trabajos científicos, como en la actualidad. ¡Cuántos libros, cuántas revistas, cuántas escuelas, cuántos laboratorios, cuántos museos, cuántas bibliotecas! Un descubrimiento sigue a otro, una hipótesis anula la anterior, una teoría cava la fosa de la que ayer estaba en boga... Es un hecho: no ha habido otra época postdiluviana que haya desarrollado un trabajo tan febril en el campo intelectual.

Y, sin embargo, hay una cosa que nos llama poderosamente la atención. Vemos que de este trabajo tan febril no brota la bendición para la humanidad. Hoy podremos saber cien veces más de lo que sabían nuestros antepasados hace unos cien años, pero ¿somos también cien veces más felices de lo que fueron ellos? Sería vano negar que estamos mucho más nerviosos. Estamos intranquilos. ¿Quién lo duda? ¿Somos también más fuertes y estamos más esperanzados para la vida? ¿Quién se atreve a contestar con un “sí” a esta pregunta?

La nueva cultura de las máquinas tiene acostumbrado al hombre a la vida precipitada, y, sin embargo, según el dicho oriental: “La prisa viene del diablo.” ¡Todo a prisa, y siempre nuevo! De ahí la producción adocenada y precipitada en todos los campos, sin exceptuar el del arte. ¿Dónde pinta hoy un Rafael? ¿Dónde esculpe un Miguel Ángel? Falta tiempo para realizar una concepción amplia.

Examinemos qué concepto tiene de la vida un hombre típicamente moderno. ¿Cuáles son sus deseos? “Vivir bien su vida.” Pero ¿qué entiende con esta expresión de “vivir bien la vida”? El uno, tener mucho dinero. El

otro, divertirse mucho. El tercero, poder mandar a muchos. El de más allá, poder comer con abundancia... Así vive su vida el hombre moderno...

Vemos hombres instigados, moralmente destruidos, impelidos por el dinero; siempre por el dinero... Hombres que no tienen descanso, ni tranquilidad, ni tiempo para comer, dormir, sonreírse...; hombres que ni siquiera tienen tiempo para ser hombres... Para ellos no hay más que dinero... ¿Y el resultado?

¡Ah! ¡El resultado es aterrador! Los hombres no pueden vivir en paz uno junto a otro... Perece el carácter, perece la fidelidad, la honradez, la moral, la mano limpia, el corazón puro. Si vamos a este paso, pronto no habrá hombre que crea en los demás. La palabra del hombre ya no es sagrada, el juramento ya no es santo, la vida de familia deja de ser un santuario. El hombre escrupuloso en el cumplimiento del deber es tildado de anticuado; el que no toca el dinero de otro cuando se presenta la ocasión de hacerlo en secreto es llamado imbécil; y si hay quien conserva una vida moralmente pura, se burlan de él.

¡Ay de la humanidad si permite que los valores terrenos tragan las exigencias más elevadas del alma! Frente a la cultura material, a la técnica, a la máquina, el hombre ya no domina las cosas, y son ellas las que le dominan a él. Como la mosca que se pega al papel engomado, así lucha también su pobre alma, que quedó prendida en los intereses terrenos, en la materia, en el fango. Y, sin embargo, según el plan divino, ¡tendríamos que ser águilas! ¿Qué quieres ser, águila o mosca? ¿Águila que vuela en las alturas con libre envergadura o mosca pegada al papel?

Pregunta qué es la vida y nadie sabrá contestarte, porque la vida es el mayor de los secretos en el Reino de la Naturaleza. Un pequeño guijarro, sin vida, inerte, se encuentra en mi jardín. Voy a sembrarlo...; se reirán de mí. Será lo que era: piedra sin vida. Siembro un haba; es tan pequeña, tan insignificante, tan inerte, como el guijarro; y he ahí que, después de algunos días, saca la cabeza de la tierra, y crece, y florece, y da fruto. ¿Quién podrá comprender este misterio? No sabemos qué es la vida y, no obstante, la vida pulula en torno nuestro; por todas partes descubrimos una finalidad admirable e instintos que nos causan asombro. ¿Quién dirige el destino, los caminos de esta vida exuberante?... Y llegamos al más misterioso enigma: a la vida humana... un ser completamente distinto de los demás en esta tierra, un ser dotado de libre albedrío, un ser que sabe entusiasmarse, que sabe amar, que sabe hablar, que sabe levantar su mirada hacia el Cielo y sabe decir al Creador invisible: ¡Padre!...

¿Por qué vivo? Quizás, amado joven, has tenido ya en tu vida momentos de aquellos solemnes en que se presenta la gran pregunta: ¿Propiamente, por qué vivo yo en esta tierra? Tal vez aún seas demasiado joven para esta pregunta. Sin embargo, podría ser que ya te hubiese embargado este pensamiento.

Echas una mirada en torno tuyo: ves cómo corren, cómo se atropellan los hombres para ganarse el pan cotidiano, cargados de pesares terrenos; cómo van sufriendo cincuenta, sesenta, setenta años en la galera de la vida, y después... ¿Después? Mueren. Con la muerte, ¿se acabó todo? Entonces, ¿por qué han vivido?

Es una pregunta de importancia decisiva. Un hombre que durante su vida entera no había hecho sino correr en pos de los placeres dijo en su lecho mortuorio: “Grabad este epitafio en la losa de mi tumba: Aquí descansa un tonto, que se fue del mundo sin saber siquiera por qué había venido.”



¡“Tonto”! ¿Por qué hay sol? Para que alumbre y caliente. ¿Por qué hay lluvia? Para que fecunde la tierra. ¿Por qué hay bosque? Para que renueve el aire. Todo tiene su finalidad en este mundo. ¿Por qué existe el hombre? ¿Él habría de ser el único que careciese de finalidad? ¿Cuál es su objetivo? Algún filósofo incrédulo dice que no puede saberse cuál sea el fin del hombre.

¿Quién lo sabe, pues? Pregunta a la Santa Iglesia: “¿Para qué fin ha sido creado el hombre?” ¡Ah! ¡Eso es lo que yo busco! Ahora bien: ¿para qué fin? “Para conocer, amar y servir a Dios en esta vida y después verle y gozarle en la otra.”

San Gregorio XVII lo explica: “Dios creó el alma, primero para servir a Dios, servirle y gozarle; y después, para ser glorificada; pero antes, servir a Dios. Para eso, hemos sido creados, para servir a Dios; y, como gracia gratuita de Dios, para participar de su gloria. Es tan amoroso Dios, tan inmensamente e infinitamente caritativo, que estando eternamente feliz, no quiso quedarse así eternamente: Quiso crearnos, para hacernos partícipes de su felicidad. Una prueba del amor de Dios que, no necesitándonos, nos creó para hacernos partícipes de su gloria. He ahí la caridad suprema de Dios para con nosotros: Crearnos, para hacernos partícipes de su felicidad eterna. Mirándose Dios eternamente feliz, rebosando de felicidad, porque es una felicidad infinita, porque sólo Él puede poseerla, porque es Dios, de amor estalló y decretó la creación. Fue un efecto del Amor divino, la creación, una explosión de la caridad divina, caridad que edifica. Es como no conteniéndose ya la felicidad en sí mismo, que quiere volcarse afuera. Y no había nada fuera, porque sólo estaba Él, Dios Uno en Esencia y Trino en Personas. No había nada más, ni necesitaba a nadie; pero, Dios estalló... como una

verdadera bomba divina, que es la Caridad de Dios saltando y obrando la creación. Un soplo del amor divino: la bomba estalló, y todo fue hecho.” “Dios es soberanamente bueno con respecto a sus criaturas. La Creación fue una explosión amorosa de su divina Naturaleza.”

Aquí se abre ante tus ojos todo un mundo. ¿Es éste el fin de la vida? ¿Estamos por eso en la tierra? ¿No para amontonar mucho dinero? ¿No para saciarnos en los festines? ¿No para correr sin aliento en pos de los placeres? ¡No! Sería así mucho más fácil, y servir a Dios a veces resulta difícil. Y es trabajo ingrato tener a raya los deseos de los sentidos. ¡Toda nuestra existencia se trueca en lucha continua si queremos perseverar en el servicio de Dios! Pero el fin del hombre no es la vida terrena, sino la eterna. Por eso, si hay que luchar, al menos, mediante este combate lograré un tesoro inapreciable.

Cuántos peligros hay para el alma del joven, ya que la vida moderna está contaminada de un pensar frívolo. A cada paso, en la calle, en el colegio, en los libros, en compañía de tus amigos, en todas partes, chocarás con las tristes burlas de los planes del Creador, te acometerá con vehemencia la tentación, el peligro espantoso de la inmoralidad, de la impureza, te encontrarás con jóvenes de semejante índole.

Los militares tienen una divisa: “¡Alerta!” ¡Magnífico aviso! Es también uno de los principios fundamentales de la vida espiritual: ¡Alerta!, para que no se te escape la ocasión de una obra buena. Pero ¡alerta! también para guardarte en la tentación, para que tu alma no caiga en pecado. ¡Alerta! para que el pecado no robe la divina Gracia de tu alma.

Amado joven: No seas débil. No esperes lograr la felicidad quebrantando las leyes de Dios. Un sinnúmero de jóvenes creyeron las palabras embaucadoras del diablo, y sólo descubrieron la terrible mentira que encubrían cuando el goce momentáneo del placer prometido se había desvanecido ya, no dejando en pos de sí más que un alma rota y las ruinas de una juventud hastiada de la vida.

¡Qué increíbles desengaños tuvieron que sufrir muchos educadores en su carrera! Conocieron a aquellos jóvenes de doce o trece años, cuyos ojos eran puros y rebosantes de alegría..., y “crecieron,” pero no “en gracia” ante Dios. Sus piernas se alargaron de mes en mes, su peinado se presentaba cada vez “con más arte,” su modo de vestir más refinado, su conversación más chispeante, pero... ¡sus pensamientos, sus expresiones, su comportamiento, se tornaron cada vez más licenciosos, su alma más sensual y más frívola! Un día... quedó empañado el brillo de sus ojos...; se desfloró en su rostro la rosa del alma virginal...; se derrumbó en su interior el templo de Dios; y el joven, caído en pecado, apoyando su frente en las manos, llora desesperadamente sobre sus propias ruinas.

Apareció una noticia rara en los periódicos. Al pie de los grandes montes de Suiza, por una magnífica carretera de montaña, corría veloz un coche. En un recodo brusco del camino había una gran mole... Ya no había tiempo de frenar... El coche pasó por encima del obstáculo. Después frenó y se detuvo. Los viajeros bajaron. ¿Sabes lo que el coche había arrollado? Un águila real. El ave majestuosa que vuela sobre las nubes fue arrollada por un coche, que corre por el suelo. ¿Por qué? Porque el águila descubrió una carroña en el camino, se posó sobre ella y, en medio de un gran banquete se olvidó de todo cuanto la rodeaba: no vio el peligro que la amenazaba en la tierra, no anhelaba ya las serenas alturas, no miraba el sol refulgente que la invitaba a remontarse...



¡Ah, joven amado! ¡Cuántas almas-águilas mueren arrolladas por la marcha vertiginosa del sentir materialista! ¡Cuántos jóvenes, a los dieciséis o dieciocho años, descubren una carroña por el suelo: la vida inmoral, la concupiscencia, carroña que antes no habían visto, pero que ahora los invita a bajar a la tierra y ellos ya no se encuentran bien en las alturas serenas!... Hijo, no vaciles. No abandones por la carroña que yace a la vera del camino las alturas purísimas de Cristo. Y no temas seguir fielmente a Cristo; no por ello será vacía, triste, árida, tu vida.

¿Pero no es verdad que una vida consecuentemente cristiana vuelve al hombre triste? ¿No es verdad que quita las alegrías de la existencia, que mengua la capacidad de trabajo, que hace sombría la mirada? No; mil veces, no. Cristo también desea que los jóvenes profundamente religiosos sean al mismo tiempo los más alegres. No quiere que vayan cabizbajos, ni que sean atolondrados, cortos de alcances; ni que se acurruquen en un rincón, ni que sean exageradamente escrupulosos. Esto hay que subrayarlo porque algunas veces, justamente los jóvenes de alma más delicada, tienen este defecto.

Hemos de acudir a Jesucristo para encontrar el modelo de esta rebotante alegría de vida: hemos de volver a Él, que dijo con verdad: “Yo soy la vida.” Justamente la vida del Señor es antítesis de la rigidez de momia, de las formas endurecidas. Es Él mismo quien dice: “Yo soy el Pan de la Vida... Yo soy la Luz del mundo... Yo soy el Camino, y la Verdad, y la Vida.” Entonces, fuera de Cristo sólo hay extravío, mentira y muerte.

Hoy día todas las señales indican que la humanidad ha llegado a un cruce de camino en que forzosamente se ha de escoger una de las dos cosas: o modificar los principios cristianos o cambiar el modo de vivir. No hay

término medio. La iglesia romana optó por modificar los principios cristianos, unilateralmente, sin contar con Cristo; así los que la siguen pueden satisfacer sus concupiscencias y cometer todas las abominaciones, con la bendición de su antipapa y con la maldición de Cristo.

En la solemne entrada de Santa Isabel I y San Fernando V, los Reyes Católicos, en una ciudad española reconquistada de los moros, sucedió un hecho extraño al cantarse el Te Deum: parecía como si muchas voces contestasen debajo de tierra al canto triunfal de la acción de gracias. Se quedaron todos estupefactos... Entonces, más de cerca, se oyó el canto de júbilo: "Bendito sea el que viene en nombre del Señor." ¿Qué pasa? ¿Un eco? No. Son los cristianos encerrados por los moros en mazmorras subterráneas, que cantan y saludan a los libertadores... Es el canto triunfal de los que fueron librados de la prisión terrena...

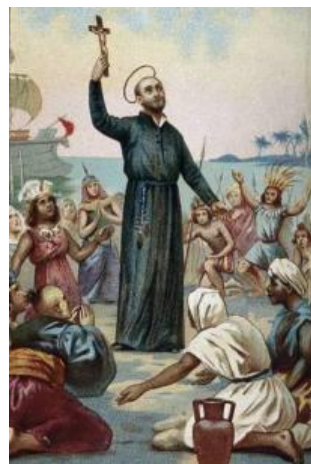
Con los ojos de nuestras almas veamos pasar también una procesión, donde se escucha el canto triunfal de los que fueron redimidos. ¡Procesión solemnísim! Delante va Jesucristo, con la Cruz sobre sus hombros, y detrás de Él van los mejores, lo más selecto del género humano. Los sencillos pescadores a quienes Él escogió para anunciar su nombre. Aquél es Pedro, el primer Papa; detrás de él, una fila interminable de Papas: casi todos los que han ocupado su Cátedra de Pescador. Millares y millares de obispos; centenares de miles de sacerdotes que sirvieron a Cristo con fidelidad, con valentía, con perseverancia. Padres de la Iglesia. Millones de mártires llevando magnífica aureola. Anacoretas del desierto y monjes de los claustros. Millones de sagradas vírgenes, esposas de Cristo y madres de las almas. Tras ellos, millones y más millones, de todas las edades, naciones y lenguas, cantando todos y rezando en mil lenguas. Hay santos con vestidura regia, y santos del desierto. Vienen los heraldos del Señor que dirigieron su palabra a los pueblos. Vienen los jóvenes de mirada límpida que fueron educados por la pedagogía de la Iglesia... Y delante de todos camina Aquél, que lleva la cruz sobre sus hombros.

A la vera del camino, por donde pasa la procesión desde hace dos milenios, están de pie los que ahora viven y esperan la procesión del Redentor. Allí están los perezosos, los curiosos, los tibios, los que se hundieron en el placer mundano; la mirada de Cristo Redentor resbala tristemente sobre ellos, pues no encuentra dónde consolarse. Allí están los indiferentes; tranquilos, porque nadie los empuja a seguir la marcha. Pero allí están también los que esperan con anhelo, los pueblos lejanos y medio salvajes, que gozosos entrarían en el reino de Dios y rezan: "Venga a nosotros tu Reino." Ven, oh, ven, Señor Jesús... Y también están los escasos fieles, que antes se contaban por millones, los que saben de sacrificios, los hijos verdaderos de Jesucristo... Y entre todos, en medio de esta gran muchedumbre, estás tú, querido joven. También estás tú. Pero ¿en qué grupo? ¿Entre quiénes? ¿Entre los fríos? ¿Entre los indiferentes? ¿Entre los rencorosos? ¿Entre los blasfemos? ¿O entre los amigos de la Cruz?

En los primeros siglos del cristianismo hubo un soldado romano, llamado Mario, que con su valentía incontrastable se ganó una condecoración que llevaba anejo el derecho de pedir el primer puesto de centurión que vacase en la legión. Mario alegó este derecho en la primera ocasión y fue nombrado centurión. Mas he aquí que llega otro soldado, enemigo de Mario, y le delata como cristiano, indigno, por lo tanto, de ser ascendido al grado de centurión; a él, al denunciante, le pertenece tal puesto. Preguntan a Mario. No lo niega: "Soy cristiano." Se le conceden tres horas para deliberar. Mario va al obispo para preguntarle su parecer. El obispo introduce al soldado en el templo, le quita la espada del cinto y, teniéndola con una mano mientras toma con la otra el Evangelio, le dice: "Escoge entre ambos: entre la gloria militar y el Evangelio; entre la vida y la muerte." El soldado escogió el Evangelio. No esperó que pasasen las tres horas y se presentó ante el tribuno. Fue martirizado acto seguido...

¡Escoge! ¿Será en adelante tu ideal el de los jóvenes católicos, un San Luis Gonzaga, un Santo Domingo Savio, un San Ignacio, de brazo robusto, de frente elevada hacia las estrellas, de alma pura como la nieve, o bien el estudiante de la vida moderna, con cara de tedio, con ojos sin brillo, que continuamente va de juergas y se encorva bajo el peso de los placeres? ¡Escoge! Y para ti, querida joven, ¿será en adelante tu ideal una Santa Teresita del Niño Jesús, una Santa María Goretti, una Santa Juana de Arco, abrasadas en el amor divino, o será una joven disipada, de mirada insolente, provocativa y descarada? ¡Escoge! Tú, ¿qué escogerás? Pide al Cielo que te ilumine.

Debes ser educado. Edúcate interiormente. Modela tu alma: No hay arte más fino en el mundo que el cultivo de la propia alma; porque ningún escultor tiene entre manos mármol tan noble y bronce tan valioso como es el precioso tesoro que nosotros hemos de modelar: el alma.



El éxito de la educación depende tanto de los maestros como de los alumnos. En los colegios actuales, ya sabéis que los maestros se dedican a enseñar el materialismo y a corromper las costumbres. Por lo tanto, toda la educación moral y religiosa depende del celo de los padres palmarianos, y de la correspondencia de sus hijos. Cuando Santa Teresita cuidó a dos niñas y quería verles tener buenas relaciones entre sí, en vez de prometer juguetes o bombones a la que cediese primero, les hablaba de las recompensas eternas que el Niño Jesús daría en el Cielo a los niñitos buenos. “Viendo de cerca a estas almas inocentes, comprendí la desgracia que supone el no formarlas bien desde su mismo despertar, cuando se asemejan a la cera blanda sobre la que se puede dejar grabada la huella de las virtudes, pero también la huella del mal. Comprendí lo que dice Jesús en el Evangelio, que mejor sería ser arrojado al mar que escandalizar a uno solo de estos pequeñitos. ¡Cuántas almas llegarían a la santidad si fuesen bien dirigidas! Sé muy bien que Dios no tiene necesidad de nadie para realizar su obra. Pero así como permite a un hábil jardinero cultivar plantas delicadas y le da para ello los conocimientos necesarios, reservándose para sí la misión de fecundarlas, de la misma manera quiere Jesús ser ayudado en su divino cultivo de las almas. ¿Qué ocurriría si un jardinero desmañado no injertase bien los árboles? ¿Si no conociese bien la naturaleza de cada uno de ellos y se empeñase en hacer brotar rosas de un melocotonero? Haría morir al árbol, que, sin embargo, era bueno y capaz de producir frutos. De la misma manera hay que saber reconocer desde la infancia lo que Dios pide a las almas y secundar la acción de su gracia, sin acelerarla ni frenarla nunca. Como los pajaritos aprenden a cantar escuchando a sus padres, así los niños aprenden la ciencia de las virtudes, el canto sublime del amor de Dios, de las almas encargadas de formarles para la vida.”

Aprovecha el tiempo, aprovecha tu juventud: ¡Con qué triste acento vibran las palabras del sabio Séneca! “Los hombres suelen pasar la mayor parte de su vida haciendo el mal: una gran parte, no haciendo nada, y toda la vida, en no hacer lo que deberían.”

Un joven frívolo, al ser amonestado una vez para que enmendara su vida, contestó con cierto orgullo: “Aún tengo tiempo. Si no me divierto ahora, en mi juventud, ¿cuándo lo haré? La juventud sirve precisamente para soltar las riendas.” “¡Aún tengo tiempo!” ¿De veras? ¿Tan cierto es que lo tienes? ¿El Señor de la vida te otorgó escritura pública asegurándote aún cuarenta, o cincuenta, o sesenta años de vida? ¿No dijo, más bien: “estad apercibidos también vosotros, porque a la hora que menos penséis, ha de venir el Hijo del Hombre”?

El tiempo es oro. El que siempre se sustrae del cumplimiento de su deber y del cuidado de su alma y cuenta con que “aún tiene tiempo,” abrumado notará cuán a prisa pasa el tiempo por encima del hombre soñador y habrá de comparecer con las manos vacías ante el Juez eterno que le pedirá cuenta.

Vivirá sabiamente quien siempre medita que la vida es una continua agonía. ¡Qué serio pensamiento! En vano harías retroceder la manecilla que señala el tiempo; también le da cuerda al reloj la muerte, pero con más fuerza, y vuela sin cesar el tiempo, con veloces alas. Lo que hemos vivido hasta el momento presente de nuestra vida ya pertenece a la muerte. ¿Cuántos años tienes, hijo? ¿Dieciséis? ¿Ves? Ya has dado dieciséis años a la muerte. ¿Y cuántos te quedan todavía? ¿Quién podrá decirlo, sino el Omnipotente? Por lo tanto, agarra firmemente cada hora. El pasado ya se te escapó; el futuro aún no es tuyo; no tienes más que el momento presente; aprovéchalo, pues, y si llegas a la vejez podrás recordar con alegría los años de la juventud, pasados provechosamente.



Sí; la juventud ha de aprovecharse; de ella ha de sacarse todo el partido posible. No dando rienda suelta a todos nuestros instintos, sino trabajando en la formación del alma y del carácter con seriedad santa, con perfecto conocimiento de lo que los años de adolescencia significan en la vida. Con las fuerzas jóvenes, lánzate al trabajo y aprovecha tus energías para cumplir del modo más perfecto posible tus deberes diarios. Trabajas para la eternidad.

San Francisco de Sales, con motivo de la canonización de San Francisco Javier, exclamó: “Ya es el tercer Francisco canonizado. Yo seré el cuarto.” Y cumplió su palabra. Así se forma el carácter energético. Pero ya comprenderás que para ello no habría bastado el ímpetu de un solo momento. Muchos jóvenes “quisieran muchas cosas,” “desearían” y “les gustaría que fuera así o asá”; sin embargo, nada hacen para ello. Pensarlo bien, emprenderlo con tesón y perseverar con constancia; he aquí el camino del carácter.

El carácter que se distingue por una voluntad firme y decidida en el bien, es el resultado de una lucha, de un combate, pues nuestra religión sacrosanta prescribe precisamente el ejercicio de la abnegación para ayudarnos en la educación de nuestra alma, con el robustecimiento de nuestra voluntad y debilitación de la fuerza de asalto enemiga; o en términos militares: la “escuela de guerra” de una vida espiritual más elevada..., es a lo que damos el nombre de vigilancia, abnegación cristiana. Sin sacrificios y abnegación no hay éxito grande en esta tierra; y tú, ¿quisieras llegar en tren de lujo al mayor de los éxitos: a la santidad y a la nobleza de carácter? ¿Te pesa la lucha para conseguir la gloria eterna?

Y fíjate; hay otro pensamiento interesante. En la vida todo el mundo ha de hacer sacrificios; la diferencia estriba tan sólo en el motivo por qué se hace. ¿Conoces, por ejemplo, algún avaro? ¡Cuán miserablemente vive, cómo cuenta los últimos céntimos! Casi no come, su vestido es harapiento, no se atreve a dar un paseo para no deteriorar sus zapatos. Ahoga todos sus deseos; vive sin alegría y sin amigos. Y todo esto, ¿para qué? Para amontonar fortuna. El avaro sacrifica su personalidad, su alegría, su honor, por el dinero... ¡Hemos de conceder que esto es sacrificio! ¿No vale la pena hacer sacrificios por blancos más elevados, mil veces más sublimes?

Mira al codicioso. ¡Cuánto corre! Está de pie desde la mañana hasta la noche; no tiene un momento de descanso. ¿Por qué? Por el dinero. Mira al vanidoso. ¡Con qué atrevimiento pone en juego hasta su misma vida, con tal de alcanzar celebridad! ¡Cuántas noches pasa sin dormir, cuánto se mueve, cuánto suda el que va de bailes y saraos! ¿Podría sacrificarse sólo una mitad para ayudar a su prójimo?

“En todo hombre hay un santo y un criminal,” dijo un orador francés. El criminal va adquiriendo fuerzas en tu interior por sí mismo, y crece aunque no lo cuides; pero para que el santo se adueñe de ti es menester una labor ardua y perseverante. Trabajas de veras para la eternidad cuando cuidas tu alma. ¿Y encontrarás excesivo el trabajo? Más difícil y elevada que cualquier obra de arte es la modelación del alma, porque el arte sólo trabaja con colores, con pincel o con el cincel, pero para embellecer un alma viva, hay que abandonarse en el molde que es María Santísima.

El hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios. Es su imagen por el alma espiritual e inmortal, por el entendimiento, por el libre albedrío; pero, sobre todo, es su imagen cuando la gracia divina inunda su alma.

El alma procede de Dios, y tiene principio; mas no tendrá fin. No existía antes de su creación, pero después no fenecerá. Todo muere, todo se termina, mas no el alma. Pasan millares y millares de años y tu alma vive. Millones de seres desaparecen y tu alma sigue viviendo.

Es una realidad santa, que en cada alma humana está latente y duerme la imagen de Dios. En la cuerda duerme la melodía; sólo espera la mano del artista. En la campana duerme el tañer festivo; sólo espera a quien la toque. También en mi alma duerme la imagen de Dios; tan sólo espera el trabajo de mi colaboración. Modelar con gran esmero la imagen de Dios en el alma; ligar mi entendimiento, mis inclinaciones, mis deseos, a su santa voluntad, ser consorte de la divina naturaleza: he aquí el ideal de mi vida. ¡Ideal sublime!

¿Qué vale el alma sin Dios? “El Hijo de Dios bajó del cielo por nosotros y por nuestra salvación.” ¡Por nuestra alma! ¡Todas las gracias del Señor, el primer latido y el último suspiro de su Corazón sagrado!... ¿Por qué? Por nuestra alma: “Jesucristo vino a este mundo para salvar a los pecadores, de los cuales el primero soy yo,” dijo San Pablo, y tú, joven lector, eres también el primero, y todos somos “el primero”; porque por cada uno de nosotros vino a la tierra Nuestro Señor Jesucristo.

¿Qué valgo yo sin alma? Los químicos hicieron un cálculo exacto de lo que vale el cuerpo del hombre. De la grasa que contiene podrían fabricarse siete pequeñas pastillas de jabón. De su contenido de hierro podría fabricarse una llavecita. Su contenido de azúcar sólo bastaría para una taza de té. Tiene fósforo en una cantidad que bastaría para fabricar 2.200 cabecitas de cerillas, y magnesio suficiente para hacer una fotografía. Computándolo todo, apenas si llega a unas monedas todo su valor. Esto es lo que vale, y nada más, el cuerpo humano... ¡sin el alma! ¡El hombre sin el alma no vale ni siquiera unas pocas monedas!

¿Y con el alma? Y con el alma... vale más que el mundo entero. El mendigo harapiento vale más que todo el mundo. “¿Qué aprovecha al hombre si ganare todo el mundo, y luego perdiera su alma?” ¡Qué horizontes se abren ante mi vista al oír estas palabras del Señor! ¿Es verdad, Señor? ¿También a mí me has dado tan gran tesoro? ¿También a tu débil y frágil hijo confiaste una cosa de tan alto precio como es el alma llamada a una vida eterna?

Medita bien las palabras del Señor. No dice que una finca de mil fanegas, o un palacio magnífico, o una tonelada de oro, no iguala el precio del alma. No. Dice lo más que se puede decir: “si ganare todo el mundo,” todo cuanto hay en el mundo: fincas, palacios, oro y cuanto han creado desde los comienzos del mundo el trabajo, el arte y la ciencia. ¡Todo esto en conjunto no equivale al precio de tu propia alma! ¿De qué servirán todos los tesoros, la ciencia más profunda, si sufre detrimento tu alma?

Imagínate que llegas delante del Señor y le preguntas: “Señor, ¿por qué te humillaste hasta ser niño pequeño y dependiente en la gruta de Belén? ¿Por qué fuiste hijo sumiso, laborioso, en la casa de Nazaret? ¿Por qué quisiste sufrir el dolor, los azotes, la corona de espinas, la muerte de cruz?” Y el Señor te mira y te dice: “Por ti. Por tu alma. Por tu alma inmortal.”

“Entonces, ¿se sigue de ahí que no puedo preocuparme de la vida terrena?” preguntas; “¿No me será lícito cuidar de mi salud? ¿No puedo tener ambición, esforzarme en el trabajo? ¿No puedo tener planes de conquistar el mundo?” No has entendido. Se trata de que pases por la vida terrena y por todos los deberes de la misma de



suerte que tu alma no padezca detrimento. Por lo tanto, ¿no podrás tener ambiciones? ¿No deberás trabajar seriamente? ¿No tendrás que estudiar con ahínco? ¡Ya lo creo que sí! Pero sin echar en olvido la moraleja que nos brinda la siguiente frase latina: “El que adelanta en la ciencia, pero retrocede en la moral, retrocede más de lo que adelanta.”

El que tiene buen oído para la música no puede sufrir una sola nota desafinada; el que tiene un alma para recibir a Cristo no podrá consentir el más leve defecto en la propia persona.

¡Cuidado!: Los hombres de nuestro tiempo todo lo aseguran: seguro de casas contra incendios, seguro de inmuebles contra robos, seguro del jefe de familia para caso de muerte, seguro del trigo contra el granizo, seguro de buques para caso de naufragio, seguro de accidentes del trabajo para obreros... ¿Y tu alma? ¿Has firmado ya el seguro de tu alma? ¿Contra qué? Contra la condenación eterna...

Un príncipe pidió en cierta ocasión al Papa San Benedicto XII una cosa que el Papa no podía permitir. El Pontífice le contestó: “Si tuviera dos almas, lo permitiría. Pero como tengo una sola, no puedo permitirlo.” Si tuviera dos almas podría exponer una de ellas al peligro de la condenación... ¡Cuidado que tu alma en su ascenso no quede aprisionada entre las garras de las pasiones y en el laberinto inextricable de las fuerzas desordenadas del instinto!

Naturalmente, como en otros campos, así también aquí lo más dificultoso es el principio. Nos acostumbramos al bien lo mismo que al mal, y el galardón de la lucha perseverante será que, más tarde, nuestra voluntad se sentirá impulsada hacia el bien con la misma facilidad con que el carro recorre el camino ya trillado y los dedos del hábil artista se deslizan sobre el teclado. En medio de todas nuestras luchas sirve de acicate el pensar que la voluntad bien encauzada y adiestrada con un ejercicio continuo y una perseverancia constante, no solamente forma a los mayores deportistas, artistas y oradores, sino a la par sirve de vehículo al hombre para llevarle a las alturas de la perfección moral. El camino de la educación para una vida feliz consiste en el robustecimiento del carácter, en el amor al sacrificio, en el ejercicio de la mortificación, que nos hacen capaces de soportar varonilmente una vida con dificultades, llena de desgracias y privaciones o una época triste.

La manera más eficaz, segura y meritoria para poder sobrellevar todas las contradicciones de la vida, es el amor a Jesús y a María en el fiel cumplimiento de la Ley de Dios y de todas las obligaciones del propio estado; pues si tenemos en nuestra mente los ejemplos de paciencia que Jesús y María nos dieron, si recordamos cuánto debemos agradecerles por sus beneficios, si les pedimos que nos ayuden y fortalezcan con su gracia, si les amamos y queremos unir nuestras cruces de cada día a su Sacrosanta Pasión a fin de repararles por las ofensas que reciben y de alcanzar la salvación eterna de innumerables almas, entonces es fácil y agradable abrazar todos los sufrimientos que la Divina Providencia pone en nuestro camino porque así tenemos la oportunidad de demostrarles que les amamos de verdad.

Desgraciadamente, se educa para todo en la actualidad, menos para lograr una voluntad fuerte. Los jóvenes, en su mayor parte, al pasar del ambiente muelle de la educación familiar a la escuela ya tienen una voluntad enfermiza, proveniente de tanto materialismo, de videojuegos inútiles y de falta de una vida de fe. Autodisciplina, abnegación, espíritu de sacrificio, son conceptos desconocidos para ellos. Y sin ellos, ¿cómo podremos dar un solo paso en el campo de una vida seria del espíritu?

Este raquitismo de la voluntad es la causa de los continuos tropiezos que vemos en la vida espiritual de los jóvenes palmirianos. Muchos de los jóvenes están llenos de buena voluntad, quisieran “ser buenos”; pero no pasan más allá de la intención, porque para esto ya se necesitaría un esfuerzo de todas las energías.

Por lo tanto: ¡Aprende a querer! ¡Aprende a querer el bien! La divisa del joven ha de ser ésta: “Me he comprometido a una vida virtuosa y santa, a seguir las huellas de Cristo y María.”

El ideal sublime de todo carácter: En ninguna parte encontramos un blanco tan seguro y elevado, y acicates tan poderosos para la auto-educación, como en considerar para qué fin ha sido creado el hombre: “Hemos sido creados para conocer, amar y servir a Dios en esta vida y después verlo y gozarlo en la otra.”

Tanto adelantarás en el camino del carácter ideal cuanto más imites a Nuestro Señor Jesucristo. Habrás ya notado que, a través de dos mil años, centenares y millares de pintores procuraron dar vida en sus lienzos, con formas las más variadas, al Rostro divino del Redentor. Cada artista puso a contribución lo mejor de sus fuerzas y de su talento para este trabajo; y, con todo, no hay pintor en el mundo que haya podido reproducir con tanta fidelidad la semblanza del Señor como puedes hacerlo tú, si tienes el vivo anhelo de modelar en tu alma dúctil la figura del Salvador. ¿Por qué motivo la majestuosa figura de Jesús es un ejemplo tan magnífico para nosotros? Porque Él no es tan sólo Dios, infinitamente superior a nosotros, sino que también es hombre.

Si miras, día tras día, los ojos del Niño Jesús, las incitaciones al pecado se vencerán; si escuchas las palabras de Cristo, Maestro, el pecado perderá sus alicientes y la tentación su fuerza; y si contemplas el Rostro de Cristo



paciente, el dolor perderá su amargura y se habrá quebrantado la rigidez abrumadora de los desengaños que la vida tiene preparados también para ti.

El mandato de Jesús dice: ¡Sed perfectos! Y esto no es una expresión poética. El honor más alto del alma cristiana es ser, mediante una imitación fiel, otro Cristo. ¡El cristiano es otro Cristo!

¡Qué dilatados horizontes de pensamientos nobles y confortantes abre ante mí esta palabra! Si yo soy copia de Cristo, si soy otro Cristo, entonces, ¡qué puro ha de ser mi corazón, qué noble mi modo de pensar, qué disciplinado mi lenguaje, cómo he de vigilar cada una de mis miradas, cómo debo extirpar todos mis defectos!

En una iglesia hubo un interesante monumento funerario. En el escudo del muerto se leía la magnífica divisa: “Eres capaz de más.” Sí; es ésta una divisa magnífica, digna de ser escogida como norte para toda la vida por un joven de bríos; noblemente ambicioso, que sabe sentir entusiasmo por los grandes ideales.

Por excelente que haya sido mi trabajo, no descanso: “Eres capaz de más”... ¿de más qué? ¿De conseguir más dinero, o más fama, o más popularidad? Pero en la hora de la muerte, ¿qué aprovecha al hombre si ganare todo el mundo? Lo que entonces importa es haber amado mucho a Dios y haber cumplido su divina Voluntad, y en esto sí que “eres capaz de más” si te empeñas en ello. Eres capaz de ser más virtuoso y de amar más a Dios.

Pero ¿no me conducirá esto al orgullo, a la altanería?, preguntas, tal vez. No. Mucho más fácil es que se vuelva orgulloso el que se contenta en seguida consigo mismo; el no estar satisfechos con los propios actos, aunque buenos, y despabilarnos continuamente con esforzarnos en subir todavía más, es medio excelente para educarse a sí mismo.

¿Qué ambición debe tener un joven palmariano? La primera y principal es una ambición grande y determinada de llegar con seguridad al Cielo. Y para conseguirla, tenemos que cumplir primero nuestra misión en la tierra. En El Palmar, la Santísima Virgen María dijo: “El Padre Celestial ha querido que sea este lugar la luz y la antorcha que ha de preparar a los hijos de la nueva Iglesia: de la Iglesia del triunfo de Cristo sobre las naciones. Este lugar es llamado a preparar a las naciones para recibir a Cristo Glorioso, en la manifestación de su poder y su justicia. En una palabra: para recibir a Cristo Rey.” Esto significa que todos los miembros de la Santa Iglesia Palmariana están llamados a participar en esa preparación y a luchar y sufrir por ese triunfo.

El hombre ha de educar su voluntad para que se compenetre con la voluntad de Dios. Altísima escuela de santidad y de carácter, la más sublime que pueda haber, es la que nos hace exclamar con sentimiento sincero: “Señor, no se haga mi voluntad, sino la tuya.” Hemos logrado la más valiosa auto-educación si tras nuestras acciones, nuestras palabras, nuestros pensamientos, formulamos la pregunta: “Señor, ¿ha sido de veras tu voluntad lo que he hecho, lo que he dicho? ¿También lo querías Tú de esta manera?”

Y esta educación del carácter has de empezarla, hijo, ya ahora. En la edad madura sería tarde. El buen carácter no se forma en el vaivén de la vida. Al contrario, quien llega sin carácter firme al ajetreo del mundo, pierde hasta lo poco que haya podido tener.

El ejercicio de la voluntad es prestar ayuda al espíritu en la guerra que ha de sostener contra el dominio tiránico del cuerpo. Quien se incline a cualquier deseo que se asome en su instinto sin decir una palabra,

perderá el temple de su alma y su interior será la presa de fuerzas encontradas. Ahora comprenderás la palabra del Señor: “El Reino de Dios se alcanza con mayores esfuerzos... y los que se esfuerzan lo consiguen.”

Durante la primera guerra mundial se repitió mucho el lema: “La mejor defensa es el ataque.” En efecto, quien empieza la ofensiva ya lleva gran ventaja. También en el gran combate del alma conservarás tanto mejor la Gracia cuanto más ataques; has de atacar día tras día, ¡aunque no sea más que en pequeñas batallas!, al ejército enemigo, que tiene sus reales escondidos en tu interior, y cuyo nombre es pereza, comodidad, desamor, capricho, glotonería, curiosidad...

La vida cristiana es una mortificación continua, una lucha sin sosiego, la guerra de libertad del alma, que dura hasta el sepulcro. ¿Dónde se libra la batalla? En nuestro interior. ¿Quién lucha y contra quién? El bien y el mal, el ángel y la bestia, están frente a frente. ¿Quién no sintió en sí estas dos fuerzas antagónicas?

Al principio no fue así. El cuerpo era siervo fiel del alma y el alma hija obediente de Dios. La vida era como un día de mayo lleno del esplendor del sol, sin una nube.

Pero muy pronto llegó el momento de desgracia, el momento en que el primer hombre cometió el pecado... ¿Y entonces? Es como si algo se hubiese roto en el universo. Desde aquel momento el cuerpo lucha contra el alma.

El alma es un águila, que sueña con aire puro, con bosques, con cimas de montañas, que se lanzaría de buen grado hacia las alturas vivificantes; pero se ve cogida en la jaula de los instintos pecaminosos y se agita y revuelve en su cárcel. Desde el momento en que el hombre se rebeló contra Dios, su corazón se trocó en nido de serpientes. Mas la expresión es algo fuerte, quizá sería mejor decir de esta manera: se transformó en erial



estéril. El erial, con el debido cuidado, se puede trocar en tierra labrantía, que da trigo, flor, vida; pero si lo descuidan crecerán en él espinas, cardos, malas hierbas. Toda tierra dará espinas y malas hierbas si no se la cuida debidamente; toda alma se corrompe si no es tratada con esmero.

La voluntad es como una semilla sembrada en tu alma; si la cuidas con esmero y haces que se desarrolle, crecerá y será un roble que resista los huracanes; pero si la descuidas, hasta las hormigas de las pequeñas faltas podrán roerla. La libertad de espíritu sólo puede ser galardón de pequeños esfuerzos constantes, animosos, de una labor lenta, de una continua auto-corrección. Por esto caminan a nuestro derredor tantos hombres que arrastran las cadenas del pecado: porque muchos son los que temieron aceptar el duro trabajo de los esfuerzos cotidianos.

“Podría, si quisiera.” Pues quíerelo. Pruébalo. Quien desea ser hombre serio, ha de quererlo seriamente. Del “quisiera” al querer verdadero va la misma diferencia que de los perritos falderos a los perros que guardan la casa. Aquellos raquíuticos perritos no saben ni morder ni ladrar, no hacen labor de provecho; tan sólo comen, lloriquean y cuestan un montón. El perro que guarda la casa no lloriquea, sino que ladra con fuerza y cuando es necesario muerde al huésped inoportuno; así también el joven que tiene voluntad no lloriquea, sino que ladra a las tentaciones de la pereza y del pecado, las muerde para espantarlas y hacerlas huir y se agarra al blanco prefijado hasta que lo logra.

¿Y cómo se hace esto? Hazte, por ejemplo, la pregunta: ¿Quieres tener las mejores notas? “¡Quiero!” Pues bien; díctate órdenes a ti mismo: ¡Media vuelta a la derecha! Es decir: señorito, toma en seguida la lección de mañana, pero en seguida y no “ya lo empezaré la semana que viene”; y uno-dos, uno-dos, adelante con esta lección. Tu mesa de trabajo es el yunque en que fraguas tu porvenir.

¿Quieres ser puntual en el rezo? “¡Quiero!” Entonces empieza a rezar esta misma noche. “Pero tengo muchas lecciones.” No importa. Siempre tendrás cinco minutos. “Y por la mañana hay que ir a prisa para llegar a tiempo.” Bien; ¿pues qué dificultad hay en que te levantes cinco minutos antes?

¿Quieres ser virtuoso? “¡Quiero!” Entonces ejercítate en las virtudes cristianas: la humildad, generosidad, pureza, paciencia, templanza, y sobre todo en la caridad, en el amor a Dios.

El carácter firme, la entereza moral, es el resultado de la lucha ardua de la auto-educación, de la abnegación, de la batalla espiritual sostenida con virilidad.

Joven, por muy fogoso que sea tu temperamento, por mucho que sientas las exigencias tiránicas de los deseos instintivos, y aunque éstos te acometen con vehemencia de bisonte, no te vencerán..., si tú no quieres ser su esclavo. Si es vehemente la corriente de tu vida, opón fuerza de voluntad. Ya sabes que es posible remar contra la corriente, aunque sea muy fuerte.

Has de estar constantemente sobre aviso, ya que en estos momentos te juegas todo tu porvenir, y sobre todo tu felicidad eterna; y bien vale estos rudos combates la posibilidad de asegurar el gran tesoro que es tu objetivo en los años juveniles. La escuela actual olvida demasiado la formación del carácter, de la fuerza de voluntad del joven, y la vida espiritual. De ahí la triste realidad de que entre los hombres formados abundan también más las cabezas instruidas que los temples de acero, de que haya más ciencia que religión. Y, sin embargo, el basamento del Estado, su piedra fundamental, no es la ciencia, sino la moral intacta; no la riqueza, sino el honor y la espiritualidad; no la vileza, sino la virtud.

¿Qué triste espectáculo ofrece un joven sin voluntad! Sea lo que sea lo que tenga que hacer, le cuesta un esfuerzo enorme sólo el poder pronunciar el “sí” o el “no.” Y no hablemos siquiera de cómo va a emprender la cosa una vez decidida. No logra tener principios, ni un modo de pensar independiente, ni siquiera cuando va a las clases superiores. Ni cuando es hombre hecho. Espía siempre al otro para ver lo que hace y él hace lo mismo. Un joven de este jaez es un muñeco sin voluntad, es un niño de pecho con pantalones largos.

Temer sólo a Dios y a tu conciencia. Es una suerte si puedes pronunciar, cuando es necesario, el “no” enérgico. ¡No!, has de decir a tus compañeros cuando ellos te incitan a cosas prohibidas. ¡No!, has de gritar a tus instintos cuando ciegame te acucian. ¡No!, has de gritar a todas las tentaciones que, con adulación, quieren envolverte en sus telarañas.

En estos tiempos la corrupción del mundo ha llegado a un extremo tal, que, para conservar la gracia de Dios en tu alma, es preciso que te aísles de ese ambiente asfixiante. Claro que lo mejor es refugiarse uno en la vida religiosa, que es la antesala del Cielo, en donde no tendrías que ver ni saber nada de la maldad del mundo, sino dedicarte a salvar almas y reparar a Dios. Pero mientras no tengas esa felicidad, tienes que quedar firmemente agarrado a la roca de la Iglesia, firme en la fe y en la moral, para que nunca caigas como tantos apóstatas palmarianos que por su propia culpa van por el camino del infierno. En estos tiempos abundan los peligros para el alma, y los jóvenes, para no quedar influenciados ni manchados por el mal, tenéis que acudir a la oración, a

la frecuencia de los Sacramentos y a la lectura espiritual, para alcanzar fuerzas para rechazar las tentaciones del mundo y perseverar en la fe. Estad vigilantes, porque el demonio empieza con cositas que parecen insignificantes, pero que encaminan a la perdición. Huid de las vanidades del mundo y de las conversaciones de esa gente mundana que se divierte con chistes obscenos y música sensual con letra escandalosa. Todo esto es terrible a los ojos de Dios, y habrá que pagarlo en esta vida o en la otra.

Quien pregunte continuamente: ¿qué dirán de esto los hombres?, no tiene todavía un carácter autónomo, sino es un esclavo del respeto humano. ¡Y no temas tanto a los hombres de palabra ruidosa! Si levantas la voz con valentía en defensa de tus principios, verás, no una, sino muchas veces, cómo va retrocediendo tu enemigo. No es un toro bravo para atacarte con sus astas, más bien es un caracol gigantesco que, al primer toque de algo recio, se oculta, con cuernos y cabeza, en su propio escondrijo.

No temas a nadie; teme tan sólo perder la Gracia de Dios. No encaja con el carácter recio el abandonar por miramientos humanos, por miedo a habladurías o a la ironía, cualquier cosa que te prescriba o apruebe tu conciencia. Quien es prisionero de su conciencia es prisionero de Dios, y la mayor libertad es ser prisionero de Dios.

La pasión, en sí, ni es buena ni es mala; es una inclinación vehemente del ánimo. Su valor depende de que se ponga al servicio de la virtud o del pecado. Sin grandes pasiones no habrían existido grandes hombres ni grandes santos. Cuantas más sean las energías de que dispone nuestra voluntad tanto mejor; lo principal es que tengamos puños de hierro para manejarlas.

El combate contra los instintos desordenados es un domar continuo que tú también, hijo, has de cumplir día tras día. El joven que se preocupa de su carácter nunca excusará sus faltas diciendo: “Es en vano; yo soy así; ya nací con este temperamento,” sino que trabajará sin tregua en el perfeccionamiento de su alma, como hizo San Francisco de Sales. Repite, por lo tanto, muchas veces para tus adentros: Aunque moren fieras en mí, llegaré a dominarlas. No me resigno a ser como sería según mi temperamento, sino que he de ser como yo quiero, como Dios quiere que sea.



Hay una leyenda muy interesante de San Columbano, el Reevangelizador de Suiza. Toda su fortuna consistía en un manso borriquito. En los viajes apostólicos iba el jumento detrás del santo, llevando el modesto bagaje. Al pasar un día junto a un bosque enmarañado, sale repentinamente de la selva un oso y le destroza al burro. ¿Y qué hizo el santo? Se fue derecho al oso y le cargó el bagaje. “¡Ah, hermano, tú has matado a mi borrico! Pues bien; ahora habrás de llevar tú mi equipaje.” Y ved ahí que la fiera, aún bañada con la sangre de la víctima, inclinó la cerviz y en adelante sirvió a su señor como un manso cordero. No te quejes, pues, nunca de que eres muy apasionado, fogoso, precipitado, ambicioso, vivaracho, etc. Amansa el oso y úncelo a tu carruaje. La pasión en sí misma no es una plaga; lo es tan sólo la pasión desenfrenada.

La pasión bien aprovechada es la que da temple a la voluntad. Sólo quien persigue “apasionadamente” un fin noble podrá vencer todos los obstáculos. Las pasiones son corceles fogosos en el carro de tu vida; si las dejas en libertad, te arrastran al precipicio; si llevas con mano firme la rienda, te harán volar magníficamente hacia tu fin.

Si tu temperamento es fogoso, eso aún no es pecado. Te asalta una infinidad de tentaciones; eso aún no es pecado. Has de luchar contra tus malas inclinaciones; eso aún no es pecado. Por muchas faltas que descubras en ti, no ceses de luchar contra ellas.

“¡Pero si mi temperamento es tan apasionado!” No importa. La pasión es un peligro grande si la dejas con las riendas sueltas; pero es un valor precioso si la refrenas con mano firme. Si la voluntad resiste, la tentación vencida se nos imputa como gran mérito.

Muchos jóvenes y estudiantes han tenido que sostener una pelea ardua contra sus malas inclinaciones. Alguno ha de luchar terriblemente contra los millares de tentaciones de la concupiscencia; otro, contra la precipitación de la ira; el tercero, contra el orgullo.

Necesitas la oración para infundirte ánimo para proseguir la lucha. Por muchas veces que reincidieras, no te desesperes y no pierdas el ánimo. “Pero cuando sé de antemano que no podré vencer...,” objetas. Espera un momento. Colocan sobre tu mesa un vaso lleno del más fuerte veneno y te dicen: “Si quieres, puedes bebértelo; si no quieres, puedes dejarlo.” Les contestas riéndote: “Aunque esté aquí cien años, no lo beberé.”

Observa que no has dicho: “No quiero beberlo.” ¿No? Pues ¿qué dijiste? “No lo beberé,” no y mil veces no. ¡Qué seguro estás!, y ¡qué natural te parece! Acabas de descubrir que a pesar de todo hay en ti una voluntad triunfante, firme como la roca. Y este descubrimiento te salvará la vida del alma, con tal que actives la voluntad en el combate contra tus inclinaciones pecaminosas.

La inclinación al mal existe en todos los hombres; todos hemos de luchar con desnudo contra los deseos pecaminosos de nuestra naturaleza. Si ahora luchas con vigor varonil contra el mal y sabes decir un “no” firme a la tentación, combates, no sólo por ti mismo, sino también por tus hijos y por tus nietos, cuya lucha por el bien será mucho más fácil que la tuya; tu combate heroico les habrá facilitado la tarea. ¡Puedo! ¡Quiero! ¡Adelante!

Principio interesante de la física es la ley de la gravedad. Según ella, el cuerpo que cae de la altura no se acerca al suelo siempre con la misma velocidad, sino que ésta va aumentando. Esta ley rige también en el orden moral. ¡Ay de aquél que guiña el ojo al pecado y empieza a platicar con él! El que empieza a bajar la pendiente va deslizándose cada vez más, y cae con tanta mayor fuerza cuanto más ha bajado por la pendiente. No parece sino que unos brazos misteriosos salen de la tierra, del fango, del pantano, y atraen al desgraciado que no fue bastante fuerte para salvarse del primer paso en falso.

Cuando el traje empieza a rasgarse, se ha de coser inmediatamente; de lo contrario, se rasga más. Si hay una rendija en el dique, tiene que ser cerrada inmediatamente, porque, de lo contrario, las aguas rompen el dique y lo arrastran todo. En unos jóvenes, un comienzo de avaricia puede ser la pequeña grieta; en otros, el sensualismo que asoma, la vanidad, la ambición de poder, la pereza, la caza de placeres. La perdición se debe casi siempre a que ni los padres, ni los educadores, ni el mismo interesado, lo toman en serio.

Muchos hombres modernos no sienten el deseo de limpieza espiritual con la misma fuerza con que lo sentían los paganos de Roma. En la antigua Roma se encontraban a cada paso lugares para la purificación religiosa, donde el pagano, consciente de su pecado, buscaba con afán la liberación de su alma.

El mal del hombre moderno es que, a pesar de tener por lo menos tantos pecados como el pagano, no siente la conciencia de su culpa, muerto como está hasta el deseo de purificación. Todos somos pecadores; ¿tenemos conciencia de ello? Aquél que emite un juicio impregnado de desamor; aquél que es reo de mentira, de envidia, de sensualidad, ¿oye, por lo menos en los momentos de sosiego, la voz acusadora de la conciencia? Es la desgracia de nuestro tiempo: La pérdida de la noción del pecado, en un mundo materialista, sin fe, sin esperanza, sin amor a Dios; un mundo que da las espaldas a su Dios y Creador, y se niega a servirle.

Querido joven: ¿Aborreces el pecado? ¿Sientes desasosiego, intranquilidad después de tus caídas? ¿Anhelas la purificación? Eres muy meticuloso si se trata de la limpieza de tus uñas. Empleas mucho jabón; no consientes



que tus manos estén sucias, que en tu vestido aparezca una sola mancha, que haya barro en tu cuarto...; pero allá dentro, en tu alma, ¿miras con tanto horror el polvo, el barro, las manchas? ¡Oh! Todas las veces que nos lavamos las manos o cepillamos nuestros vestidos tendríamos que preguntarnos: ¿Estoy tan limpio por dentro?

Leemos la historia cultural de la antigua Roma y no queremos creer a nuestros ojos al ver el sinnúmero de sacrificios expiatorios que allí se ofrecían y lo viva que era en aquellos paganos la conciencia del pecado.

¡Si los hombres guardasen los Diez Mandamientos! Cuando se coloca una brújula en un buque de guerra, se la aísla cuanto se puede de la influencia de las corrientes magnéticas que se producen en el casco metálico del buque. En el camino de la vida, la conciencia humana es la brújula; las corrientes que se originan en el cuerpo, las inclinaciones al mal, pueden fácilmente desviarla de la debida dirección y empujar por camino falso nuestra vida moral si la brújula no está fija en un punto firme y aislado, por encima de todas las corrientes y olas alborotadas, por encima de los incentivos rebeldes y falaces del instinto. Si no es Dios quien señala el criterio de moralidad, sino que lo designan los hombres, entonces muy mal parada quedará la moral. Porque lo que a uno le parece pecado, podrá parecer a otro virtud.

De la misma manera que las leyes de la naturaleza sirven de base al mundo material, así los mandamientos de Dios son el fundamento de la vida humana. Dios no nos ha dado los Diez Mandamientos para vejarnos, para intranquilizarnos ni para menguar nuestro ánimo y alegría, sino para nuestro propio bien: de ello depende tu felicidad o tu perdición eterna.

El Decálogo viene a constituir la base de la recta convivencia humana, hasta el punto de que, si Dios no lo hubiese promulgado, los hombres se habrían visto obligados a inventarlo. No ha de mirarse como freno de la libertad humana, sino como baluarte para una vida digna del hombre.

¡Amar a Dios sobre todas las cosas!, dice el primer mandamiento.

Por consiguiente, servir a Dios significa ser hijos y amigos de Dios; el Decálogo es, por lo tanto, riqueza, ventaja, bendición del linaje humano, algo muy sublime.

¡Qué sería esta pobre y mezquina vida terrenal si todos los hombres cumpliesen con escrupulosa conciencia estos mandamientos! No necesitaríamos más cárceles, ni policía. Ni habría manicomios, ni hogares destruidos.

No tendrían que ponerse candados en las puertas, ni sería menester el trabajo de los inspectores en los tranvías. No habría felicidad traicionada... ni inocencia pisoteada... ni ancianos padres abandonados en la miseria... ni artículos difamantes en los periódicos... Y no habría más guerras... ¡Oh, Dios mío, cuántas cosas cambiarían si los hombres os sirviesen de veras a Vos, nuestro Padre..., si guardasen fielmente los Diez Mandamientos!

No estamos en la tierra para gozar de la vida: Jesucristo hubiera pasado con preferencia todo el día sumido en meditación, adorando a su Padre Celestial. Y lo hacía en los momentos oportunos. Mas, cuando era hora de trabajar no vacilaba ni un solo momento en hacer todo cuanto se le mandaba, porque sabía que, bien rezando, bien trabajando, en todos los casos cumpliría su deber: y el cumplimiento del deber es servicio de Dios.

¡Deber! El cumplimiento del deber exalta a individuos y a pueblos, mientras que la negligencia en el trabajo conduce a la bancarrota. Los pueblos que cumplen su deber a conciencia resisten triunfantes los asaltos, mientras que los holgazanes corren a su propia perdición.

El cumplimiento del deber no ha de depender nunca del humor. El deber diferido, de hora en hora, va adquiriendo cada vez más el aspecto de un fantasma y su figura amenazante llega a envenenar todas tus alegrías. Quien tiene deuda, que pague cuanto antes. No olvides nunca esta sencilla regla: “Antes, el deber; después, las diversiones;” o: “primero la obligación; después, la devoción.” Muchos jóvenes se quejan de que “no tienen suerte,” que “nada les va bien”; y, sin embargo, en la mayoría de estos casos no se trata más que de un solo defecto: para ellos lo primero son las diversiones; después sigue un gran paréntesis y allá, muy atrás, viene a trote cansado el deber.

A ti, hijo, quizá no te esperen deberes militares; pero te espera el gran deber de la vida. Tienes deberes con Dios, con tus prójimos, con la Iglesia, con tu patria. Quizá te parezca algo dura la siguiente frase; no obstante, es el único principio decoroso para un hombre honrado: ‘No estamos en esta tierra para gozar de la vida, sino para cumplir nuestros deberes y todo cuanto Dios espera de nosotros.’ “Mi comida es hacer la voluntad del que me envió, y que cumpla su Obra,” hemos de repetir todos; es lo que dijo de Sí mismo el Redentor del mundo. Que nuestro manjar sea hacer la voluntad del Padre Celestial.

La penitencia del Pecado Original es que todos los hombres trabajen con sudores; y para que tal penitencia resultase más fácil, Jesucristo nos dio el ejemplo más brillante, pasando en trabajos los treinta y tres años de su vida, siendo así que a Él no le rozó el pecado original.

El trabajo, en sentir de los paganos, era algo degradante, indigno de un hombre libre. Fue tan sólo el Cristianismo quien tributó el honor debido al trabajo, al enseñar que lo que ennoblece al hombre es justamente el trabajo. El Cristianismo mostró a la humanidad la gran fuerza que late en el trabajo para unirnos a la Voluntad de Dios y para desarrollar la vida interior. El trabajo fortalece en gran manera la voluntad, porque exige dominio de sí mismo, abnegación, perseverancia. Quien posee una voluntad bastante fuerte para trabajar con perseverancia, con concienzuda puntualidad, no encontrará gran dificultad en mostrarse fuerte al tener que refrenar las pasiones, cosa bastante difícil para un hombre holgazán, que realiza su trabajo con negligencia y descuido. El hombre ha de trabajar; no importa si su trabajo es corporal o espiritual; pero, de un modo o de otro, todos hemos de participar en el trabajo con que la humanidad va cumpliendo el mandato del Creador. “Quien no quiera trabajar, tampoco coma,” decía el Apóstol San Pablo. Han de trabajar no sólo quienes se ven obligados a ganarse la vida mediante el trabajo. Por más rico que seas, aunque tengas todos los tesoros que se te antojen, has de trabajar. De la inactividad nace el retraso espiritual, y su consecuencia es la ruina moral.

Dios Nuestro Señor no dividió a la humanidad en dos grupos: el grupo de los que se divierten y el de los que sufren estrecheces, el grupo de los holgazanes y el de los trabajadores.

Acaso ahora, cuando tú vas a caza de aventuras, se descoyunta en el cumplimiento del deber un hombre que lucha... Dinos, pues: ¿Crees tú que ante Dios tenéis los dos el mismo valor? ¿Puedes pensar con tranquilidad en la rendición de cuentas si no has trabajado en tu vida? ¿Te acuerdas de lo que dijo Jesús al dueño de la higuera estéril? “Mira, tres años hace que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo hallo; córtala, pues, ¿para qué ha de ocupar lugar en la tierra?”

Es muy difícil conservar el justo medio en todas las cosas; por lo tanto, también en el trabajo. Y por esto vemos, junto al grupo de los “holgazanes,” el de los “hombres-máquinas,” esclavos de la máquina y de la técnica; los que no divisan más blanco que el dinero y, mientras se matan poco a poco, con un cálculo frío, glacial, se va entre tanto consumiendo en ellos todo ideal, se muere la religiosidad, se petrifica el corazón, se extingue el espíritu. ¡Pobres hombres-máquinas! Trabajan, ¡y tanto como trabajan!, pero no según el plan y ejemplo del Señor. Hay trabajo que es trabajo de esclavos: es el servicio de galeras de la generación que no conoce a Dios; y hay trabajo que es como una Misa: es el trabajo del cristiano. Si trabajo según la voluntad de Dios, entonces se transformará en altar mi escritorio, en altar el horno de la cocina, en altar el barreño de lavar, en altar la máquina de escribir, y en acto de culto el trabajo pesado, duro, que cansa y hace brotar el sudor de la frente.

Es cosa que espanta el ver cómo muchos jóvenes que en sus tiernos años inspiraron las más risueñas esperanzas, se desviaron más tarde y marcharon por el camino del pecado, porque empezaron a descuidarse en las cosas pequeñas y tomarse demasiadas libertades. Al ver la mesa de trabajo o el cuarto de algunos estudiantes, con todo en desorden, esparcido por doquiera, hace sospechar que habrá el mismo desorden en el alma de ese joven. Pon orden en tu mesa, en tu armario, en tu cuarto. En primer lugar, el orden exterior no es tan sólo manifestación de la armonía interior, sino que es su instrumento auxiliar; quien siempre tiene en orden sus cosas ordenará con más facilidad sus pensamientos. Además, has de tener orden porque sólo el hombre ordenado sabe ser puntual, mientras que el desordenado pierde mucho tiempo en buscar sus cosas y llegará siempre tarde a todas partes, porque ha sido desordenado y negligente.

Ser puntual. ¿Ves qué palabras más sencillas? Y, sin embargo, significan un medio importantísimo para la educación del carácter decidido. Cumplir el deber cada día, y todas las veces que así lo exijan nuestras obligaciones; ser concienzudo hasta en las cosas pequeñas, trabajar con ahínco aun cuando nadie lo ve. Se necesita valentía, constancia heroica, para dominar los obstáculos y no excusarse ni esquivar jamás la voz sagrada del deber. Los grandes deberes de la vida sólo podemos confiarlos a quien sabe ser puntual, siempre, en todo. El que no sabe ser puntual no merece gran confianza cuando da su palabra; y el hombre que no es puntual y no guarda su palabra hace mucho daño. Cuidado, hijo, que los hilitos de las malas costumbres, de las pequeñas negligencias y superficialidades, no lleguen a maniatar tu vida interior.

Es derecho del hombre el hablar, entonces, es deber suyo que hable según la verdad, que use las palabras en su sentido recto. La palabra humana tiene su contenido y éste zahiere o alaba, ofende o acaricia, corrige o pervierte. Por lo tanto, la palabra pronunciada es de una tremenda responsabilidad. De quien no pesa sus palabras antes de pronunciarlas, no podemos decir que sea fiable.

La veracidad es una de las propiedades básicas del carácter. Es un adorno natural, casi diríamos consustancial, de los jóvenes; por lo tanto, es muy peligroso que se acostumbren a mentir, porque esto, en muchos casos, puede ser un síntoma de degradación espiritual, de depravación. San Gregorio XVII solía decir: “El que dice mentiras, es capaz de cometer todos los pecados.”

Dice la Sagrada Escritura, con palabras claras: “El mentiroso es aún peor que el ladrón.” El ladrón causa daño solamente en lo material, pero la mentira hiere a la persona; el ladrón hurta objetos inanimados, pero el mentiroso envenena el aire, porque echa a perder la confianza mutua de los hombres. “En boca del mentiroso, lo cierto se hace dudoso.”

Nuestro Señor Jesucristo, la Verdad Eterna, hablaba con suavidad a toda clase de pecadores; pero su palabra fulguraba cuando estigmatizó con el nombre de hipócritas a los fariseos mentirosos y descargó el ¡ay! fatídico sobre sus cabezas. A causa de los infiltrados en la Iglesia, la mentira fue tomando incremento en la sociedad hasta llegar a lo que había profetizado San Pablo: “Vendrán tiempos en que los hombres no podrán soportar la sana doctrina, sino que, deseosos de novedades, recurrirán a una caterva de falsos doctores para satisfacer sus desordenados deseos, y cerrarán sus oídos a la Verdad, y los aplicarán a las fábulas,” propagadas por los medios de comunicación. Ved ahí, pues, los frutos de la mentira.

¡Y cuán inútil es la mentira! Advierte el dicho latino al hombre mentiroso que es forzoso tener buena memoria, porque un día u otro caerá en contradicción; ha de alimentar una mentira con otra, si quiere mantenerlas en pie; y para mantener la segunda mentira ha de mentir por tercera, cuarta o décima vez. Al desviarse una vez del camino de la verdad, se pisa un terreno pantanoso en que los pies van sumergiéndose cada vez más. Al mentiroso le espera la vergüenza, la pérdida del honor. “Antes pillan al mentiroso que al cojo.” ¿De qué le sirve al hombre el mentir? Podrá engañar a su prójimo, pero a Dios nunca porque es omnisciente y su mirada lo atraviesa y penetra todo. El ojo de Dios nos atraviesa mejor que el sol al vidrio y penetra en nosotros más profundamente que el rayo del sol en el fondo del agua.

Alguno pregunta: “¿por qué ha de ser pecado la mentira que no perjudica a nadie?” Pues, porque tal mentira no existe, ya que no hay mentira inocente que no dañe a nadie. Tal mentira no existe. Porque aunque no perjudique a otro, seguramente te dañará a ti mismo. Según el precepto de Nuestro Salvador, todos hemos de tender a imitar con la perfección de nuestra alma al Padre Celestial; por lo tanto, también hemos de imitarle en el amor a la verdad, en la veracidad, en la rectitud. Y debo asemejarme a Dios, al Dios veraz. La verdad lleva un rasgo divino en su frente, y el que peca voluntariamente contra la verdad peca también contra Dios, aun puesto el caso que no perjudique al prójimo.

Parece que el concepto del respeto a la autoridad falta por completo en el ideario de muchos jóvenes. ¡Cómo saben criticar y rebajar hasta el suelo todo cuanto existe: escuela, profesor, casa, padres, catecismo, catequista! Todo lo que hubo en el mundo antes que ellos, todo es “nada.” Todo cuanto se les exige no deja de ser una

“estupidez inútil.” Lo que aprenden en el catecismo es “un modo rancio de pensar.” Las amonestaciones que les hacen sus padres son “escrúpulos de viejos.” Muchos jóvenes modernos casi exigen que los padres los obedezcan a ellos. Consideran la libertad como su mayor tesoro y ven en todas las prescripciones una mengua de su tesoro.

¡Alerta, hijo! Has de obedecer, porque nuestro Criador lo tiene establecido así. Hay jóvenes que piensan que la desobediencia les da verdadera libertad; pero no. Lo que les da es el desenfreno. Has de ser obediente siempre; no porque es necesario, sino porque quieres, porque sabes que será en provecho tuyo. Lo que has de hacer, has de quererlo hacer también, y tendrás doble provecho. Recita muchas veces las sublimes palabras de San Agustín: “Señor, concédeme que haga lo que quieres, y después mándame hacer lo que quieres.”

Amado hijo: has de aplicar todas tus fuerzas en alcanzar este único propósito: he de hacer brotar en mí la excelsa flor de las virtudes cristianas y de un carácter santo. Soy un árbol que crece. Soy un capullo que se abre. Soy un sembrado que promete. Trabajaré sin cesar durante mi juventud; en mi alma podaré los retoños silvestres; reuniré fuerzas para llegar a ser un hombre de carácter en quien encuentren complacencia los mismos Ángeles del Cielo. Hay que redimir el alma, y el precio de este rescate es el combate.

Aunque el género humano hoy sólo ambiciona progresos materiales y ha dado las espaldas a su Creador, todavía puede convertirse y alcanzar la salvación eterna; y la característica del joven palmariano de nobles anhelos es, por cierto, el entusiasmo y la convicción arraigada de que la Providencia Divina también le reserva a él, a sus fuerzas, una partícula del gran trabajo, y de que él, con una vida de entrega a la voluntad divina y con humildes y amorosas súplicas, contribuye a ese triunfo de la verdadera Iglesia, que todavía está por llegar.

Nuestra religión sacrosanta nos urge y obliga al cumplimiento puntual de los deberes más pequeños de la vida diaria. ¿Qué quiere que hagamos en la vida terrena? ¿Cruzar inactivos las manos y soñar, suspirar, pintar continuamente cuadros del cielo? De ninguna manera. Quien así viviese interpretaría erróneamente el fin y mandato del Creador. Dios creó el mundo, mas después del pecado mandó al hombre trabajar y labrar la tierra, valiéndose de la razón y de su diligencia. Por tanto, cuando el hombre, con todos los sudores y alegrías, con todas las penas y consuelos, se lanza al mundo laboral, cumple un mandato divino, porque al obrar así procede por encargo del Señor. También cuidó el Señor de que el hombre, a pesar de todas las dificultades, no dejase nunca este trabajo, poniendo como acicate, junto a los sudores del trabajo, las alegrías del mismo.

Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. ¿Cuándo brilla con más fulgor en nosotros la semejanza divina que al trabajar y rezar por la santificación de las almas, al sufrir para reparar al Eterno Padre, y obrar así según el ejemplo de nuestro Dios y Salvador?

¿Conoces la disputa del águila y del pequeño pajarito, el reyezuelo? “Apostemos,” dijo el reyezuelo al águila, “a ver quién sabe levantarse a mayor altura.” El águila extendió sus poderosas alas; y, a manera de flecha, hirió el cielo, dorado por los rayos del sol. El reyezuelo se escondió furtivamente sobre la espalda del águila; y cuando ésta, allá arriba, en la altura vertiginosa, quiso descansar con satisfacción triunfal, el reyezuelo, astuto, con unos aletazos se levantó algo más y gritó victoriosamente: “Te he vencido; estoy más arriba.” Y, sin embargo, nunca hubiese llegado a tales alturas sin el águila.

La civilización actual ha alcanzado las alturas mediante un progreso magnífico; pero, por desgracia, pretende olvidar que toda la cultura moderna tiene su origen en la cultura religiosa, se alimentó de ella, se apoyó en ella para volar a las alturas y, si no quiere perecer, no puede renegar de la madre que le dio la vida. ¿Quiénes fueron



los que asentaron los cimientos de la civilización entre los pueblos paganos? ¿Quiénes les enseñaron los elementos de la agricultura? ¿Quiénes conquistaron los bosques vírgenes? ¿Quiénes los que llevaron por doquiera la civilización? He aquí la respuesta de la historia: los misioneros, los sacerdotes, los hijos de la Iglesia Católica.

Sigamos preguntando: ¿Quiénes ensancharon los dominios de la cultura? ¿Quiénes regentaron escuelas durante siglos? Sólo la Iglesia Católica; no hubo nadie más, ni siquiera el mismo Estado, que se preocupase de la ciencia, y de la fundación de hospitales, orfanatos, asilos y todo tipo de obras de caridad. El Cristianismo siempre ha sido la fuente más abundante de la fuerza positiva de trabajo y de la actividad conquistadora y evangelizadora del mundo.

En nuestros días, el hombre se endiosa por sus audaces inventos, e intenta suplantar el poder de Dios en este planeta mediante la ciencia impía. La vida se deja arrastrar cada vez más por la técnica, e impone a la generación joven una mentalidad exageradamente técnica, con el alma vacía. Los niños de las grandes ciudades de hoy día, no tienen siquiera idea de lo que es el canto del mirlo, el trino de la alondra, el arrullo de la tórtola; no conocen a Dios ni a sus obras, pero son capaces estos mismos niños de decir, a cincuenta pasos de distancia, con los ojos vendados, sólo oyendo el ronquido del motor, de qué

marca es la motocicleta que se avecina. No tienen idea de la diferencia que hay entre el trigo, el centeno, la avena y la cebada; pero saben todos los trucos de los videojuegos. ¿Es esto lo normal, lo ordenado?

¡Qué extraño e incomprensible espectáculo presenciamos en la vida actual! El mundo rebosa de hombres amargados, quejumbrosos, desesperados, quebrantados..., cuando todos tendrían que estar agradecidos de Dios por vivir precisamente en esta época actual, en que la ciencia humana, con el sinnúmero de creaciones técnicas insospechadas, puede hacer más hermosa, más fácil, más rica la vida. Tendríamos que alegrarnos de vivir precisamente hoy. Y, no obstante, no nos alegramos. Porque no podemos alegrarnos. ¿Cuál es la causa? El haber sido vencidos en la revolución más grande que se haya visto jamás en la tierra.

El hombre vio en la máquina la posibilidad del repentino enriquecimiento, y esa caza febril de la riqueza trastornó de una manera fatal los fines y los valores; olvidó el hombre que la máquina tiene por objeto servir a la humanidad; en vez de esto, se puso él al servicio de la máquina. ¿Cuál ha sido la consecuencia? El hecho tan doloroso y trágico de que la técnica empezó a desarrollarse en proporciones gigantescas, mas quedó atascada nuestra cultura y abandonada la religión al imponerse el materialismo. La máquina se ha erigido en instrumento del poder cruel y dictatorial de los tecnócratas que rigen el mundo, porque la humanidad se rebeló contra Dios y sacudió su yugo santo.

Hay una gran diferencia entre el trabajo creador del hombre antiguo y el del hombre moderno. Antes, la energía creadora del hombre estaba principalmente al servicio de la cultura espiritual. De ahí las obras maestras de la arquitectura y de la pintura; las catedrales góticas, tan esbeltas; los castillos y los palacios, los ornamentos y vasos sagrados, los gobelinos y piezas de arte industrial, tales, que nosotros ya no somos capaces de crear.

¿Por qué no podemos llegar a tales alturas? Porque no trabajamos como se trabajaba antes. ¿A qué dedica el hombre moderno todos sus momentos, todas las gotas de su sangre, todas las fibras de sus nervios? A las máquinas y siempre a las máquinas. Pero en el pecado está la penitencia.

Parece que la humanidad quiere usar las máquinas para burlarse del castigo que Dios nos puso a todos: “Con el sudor de tu rostro comerás el pan.” Las nuevas tecnologías poco hacen para llevarnos a la santidad, sino que sirven de instrumentos para la antigua serpiente y sus secuaces, usados para corromper y controlar el mundo.

Haz el trabajo que te incumba: El destino de nuestra vida es la gloria de Dios, nuestra salvación eterna, y el bien de los prójimos. Por lo tanto, tenemos el deber de cultivar en nosotros todas las aptitudes que nos pueden ayudar a conseguir tal objeto. El joven, cuyos actos, cuyos pensamientos, cuyas palabras y manifestaciones de su vida van orientados por estos nobles principios, es un joven de espíritu elevado.

Y esto es lo principal: obrar según principios santos y nobles; hacerlo todo por amor a Dios y para cumplir su divina Voluntad, imitando las vidas santísimas de Jesús, María y José, y obrando en unión con Ellos. Por lo tanto, no basta tener buenos pensamientos, sino que, además, es necesario que de éstos broten los sentimientos correspondientes, y de los sentimientos, propósitos y obras.

La característica principal del espíritu que conviene tener es que el joven no aprecie tanto el progreso material, las máquinas y motores, los aparatos electrónicos, sino que, por encima de todo eso, crea a pie juntillas en la realidad de los ideales invisibles: en la propia santificación, en el honor, en el cumplimiento concienzudo del deber, en el amor a Dios y a María Santísima, y en el amor al prójimo.

Mientras que los mundanos dedican sus esfuerzos a los adelantos materiales, a ti, como miembro de la verdadera Iglesia, te incumbe el deber de contribuir a que Dios sea amado, glorificado, reparado y servido, a que la humanidad se convierta, y a que se salven las almas eternamente. El joven de alma noble no pregunta, pues: “¿Qué tengo que hacer para conseguir la felicidad en este mundo?,” sino dice: “Cumpliré mi deber y sé que así seré feliz.” Eso es el camino para conseguir la verdadera felicidad aquí y en la eternidad. Todos, sin excepción, hemos de trabajar. Por lo tanto, también los jóvenes. Si eres estudiante, entonces haz el trabajo que te incumba; es decir, estudia.

Si tienes un cuarto para ti solo, arréglalo con gusto y tenlo siempre ordenado. En tu lugar de estudio o trabajo coloca un pequeño crucifijo, la Santa Faz y una imagen de la Virgen, y levanta muchas veces tus pensamientos al Salvador crucificado y a María Santísima; verás qué fuerzas y energías brotan de estas cortas meditaciones.

Procura mejorar el curso del mundo, y hacer que tu amor a Dios te lleve a resolver los grandes problemas espirituales que afligen al mundo, tal como lo hizo Santa Teresita a esa edad: “Un domingo, mirando una estampa de Nuestro Señor en la Cruz, me sentí profundamente impresionada por la Sangre que caía de sus divinas manos.

Sentí un gran dolor al pensar que aquella Sangre caía al suelo sin que nadie se apresurase a recogerla. Tomé la resolución de estar siempre con el espíritu al pie de la Cruz para recibir el rocío divino que goteaba de ella, y comprendí que luego tendría que derramarlo sobre las almas. También resonaba continuamente en mi corazón



el grito de Jesús en la Cruz: ‘¡Tengo sed!’ Estas palabras encendían en mí un ardor desconocido y muy vivo. Quería dar de beber a mi Amado, y yo misma me sentía devorada por la sed de almas. No eran todavía las almas de los Sacerdotes las que me atraían, sino las de los grandes pecadores; ardía en deseos de arrancarles del fuego eterno. Y para avivar mi celo, Dios me mostró que mis deseos eran de su agrado.”

El peligro del orgullo: Muchas veces nos encontramos con jóvenes orgullosos, que miran con desprecio a todos los demás hombres. ¿Qué es lo que produce tanto orgullo en estos jóvenes? A uno, el tener un padre rico, trajes flamantes, una motocicleta del último modelo. A otro, el tener un rostro delicado como de muchacha, y unas proporciones armónicas. Al tercero, poseer un entendimiento despejado, salidas chispeantes y facilidad para el estudio. Todo esto no es mérito suyo. Ni tiene verdadero valor, porque es efímero. Y, además, sin la belleza del alma es mera exterioridad, algo así como el vestido vuelto del revés: no se nota por fuera lo gastado que está por dentro. Se debería escribir en la mesa de estos muchachos engreídos la frase que susurró al oído del triunfador romano el esclavo que estaba sentado detrás de él: “¡Cuidado con caerte!”

Se publicó un dato interesante sobre un conde. Era de familia muy modesta; pero merced a su diligencia y constancia se abrió camino y escaló los más altos puestos del Estado, de modo que el Rey le hizo conde por sus merecimientos. ¿Qué hacía este nuevo conde para no enorgullecerse demasiado? Se llamaba con frecuencia “Conde Nadaporsí,” y con esto se inculcaba continuamente la virtud de la humildad. Todos somos barones, condes y príncipes de “Nada-por-sí.” ¿Qué tienes tú que no lo hayas recibido de Dios? “Y si lo recibiste de Él, ya que nada hay tuyo, sino que todo es de Dios, ¿de qué te glorías como si no lo hubieras recibido de Él?” escribe San Pablo en una de sus epístolas.

¿Has visto trabajar a un escultor? Antes de hacer el modelo, prepara la arcilla: la rompe, la amasa, la trabaja, para que después, cuando ya se trate de la obra definitiva, sea el barro más dúctil y suave en manos del artista.

El objetivo principal de los cursos de segunda enseñanza es ejercitar tu entendimiento para que sepas pensar con disciplina, juzgar con facilidad y estudiar con provecho. Se necesitan jóvenes que sepan penetrar ágilmente en el meollo de las cuestiones, jóvenes que sepan ordenar sus pensamientos, encadenarlos, deducir unos de otros, encontrar la expresión adecuada de los mismos, seguir el razonamiento de los demás, descubrir en seguida los posibles defectos del propio raciocinio o, en otras palabras: que sepan pensar con disciplina. Todas las asignaturas prescritas en los cursos de segunda enseñanza deben desarrollar la facilidad de discurrir sin anarquía mental. Así aprenderás a realizar trabajo mental verdadero.

La tortuga y la liebre rivalizaron cierto día en una carrera. La meta había de ser el confín de un bosque cercano. La tortuga emprendió su camino con mucho fervor; sudaba; se esforzaba. La liebre, con ilimitada confianza, se acostó en el suelo bajo los rayos esplendorosos del sol, y pensaba: “¡Imbécil! ¿Para qué tantas fatigas, a qué vienen tantos sudores? Es en vano. En dos saltos te dejo yo tan atrás que no me verás la punta de la cola.” La tortuga seguía su camino, arrastrándose, sudando, trabajando y, cuando la liebre se dio cuenta, no le faltaba más que un paso para llegar al bosque. “¡Voto a bríos! Hay que correr. ¡Adelante!,” exclamó la liebre. Da un salto, da otro salto; pero, antes de dar el tercero, la tortuga ya estaba en el bosque... La perseverancia y la diligencia vencen al talento.

En el trabajo espiritual también es condición de primera necesidad la constancia. No se puede decir que corresponda por completo a la verdad, pero encierra gran parte de ella, el dicho francés: “el genio es paciencia.”



Existe una larga lista de jóvenes de gran talento que corrieron a la ruina por su modo ligero de pensar. Aunque no lo tomaban muy en serio, hicieron sus estudios de segunda enseñanza con las mejores calificaciones; pero en la vida no dieron fruto, precisamente porque no estaban acostumbrados a un trabajo sistemático. No llegaron a nada. Por otra parte, muchos de los célebres prohombres, durante los años de estudio no tenían más que un talento mediano, pero supieron compensarlo con diligencia férrea y con trabajo constante y sistemático.

El “aprender con facilidad,” indudablemente, es un don peligroso para muchos jóvenes. “¡Yo no tengo que estudiar; tengo talento!,” dicen muchos jóvenes en sus adentros. Por ahora concedámoslo; pero el talento en sí aún no es ciencia; sólo es medio para alcanzarla. Y muchos jóvenes de talento fracasaron en las clases de segunda enseñanza o en la Universidad sólo porque no hicieron fructificar el talento que les fue concedido por Dios. “La labor perseverante vence todas las dificultades,” escribe Virgilio. ¡La tortuga puede vencer a la liebre!

Por desgracia, abundan los caracteres que no son muy propicios a este trabajo insistente. Durante la primera guerra mundial, los húsares, con su empuje característico y heroísmo incontrastable, se metían, cabalgando, en los mismos nidos de las baterías, ¡y morían!; pero no les gustaba estarse quietos semanas y semanas en las trincheras. Al final, llegó a vencer el método de las trincheras. De la misma manera, en la vida los éxitos no se

alcanzan con heroicas cabalgadas, con momentáneos arranques, sino con diligente constancia durante años y lustros. Aunque te cueste al principio, has de aprenderlo.

Esta paciencia activa levantó, a costa de enorme trabajo, las antiguas obras arquitectónicas; ella instigó a los monjes medievales a copiar durante una vida entera, junto a la luz débil de un velón, las obras que nos legaron, las Sagradas Escrituras, los libros de los Padres de la Iglesia; esta paciencia observó, después de experimentos infructuosos de muchas decenas y centenares de años, las leyes de las fuerzas de la naturaleza, y las subyugó, una tras otra, para que sirviesen al hombre. Un proverbio húngaro dice que la paciencia da rosas. Da también ciencia, instrucción, modales, cultura.

“Aprisa, aprisa. ¡Pasar lo malo del trabajo!” es la divisa de muchos estudiantes. ¡Ah! ¿Sí? ¿Sabes cuánto tiempo empleó Dante para su obra de fama mundial, la Divina Comedia? Treinta años justos. Y Dickens, el gran escritor inglés, dice de sí que cada libro le costaba un trabajo inmenso. Prescott, célebre historiador americano, ya era casi ciego; y, no obstante, cuando para escribir su gran obra Fernando e Isabel de España le fue necesario conocer otros idiomas, ya en la madurez de su vida, empleó diez años en el estudio de lenguas. Cuando Ticiano, el pintor de fama mundial, envió a San Carlos I de España su célebre Última Cena, escribió lo siguiente: “Mando a Vuestra Majestad un cuadro en el que he trabajado diariamente, y muchas veces hasta por la noche, durante siete años.” Virgilio estuvo escribiendo durante veinte años la Eneida; y, no obstante, quiso destruirla antes de morir, por no considerarla bastante buena. Fenelón transcribió diecinueve veces su célebre obra educadora, el Telémaco, y aún en la última copia borró y enmendó mucho. Edison era todavía niño cuando pasaba ya la mitad de las noches leyendo; no leía novelas, sino tratados técnicos de mecánica, de química y de electricidad.

Tolstoi, el gran escritor ruso, ejercía una crítica muy severa respecto a sus obras, y decía que el oro sale a la luz del sol después de pasarlo por el tamiz y lavarlo repetidas veces; no corregía tan sólo los borradores, sino aun las copias, de suerte que algunas veces el texto definitivo era la tercera transcripción, pero había pasajes que corregía aún muchas veces. Watt meditó durante tres decenas de años la máquina condensadora de vapor. El astrónomo Herschel quiso fabricar para uno de sus telescopios un espejo cóncavo. Hizo uno; pero no era adecuado. Hizo un segundo; tampoco salió bien. Un tercero; tampoco le servía. Hizo más de doscientos espejos cóncavos antes de fabricar el que verdaderamente le convenía. Pero lo fabricó, al fin. Ved ahí que hasta al talento genial le prestan eficaz ayuda la diligencia y la perseverancia.

Ejemplo elocuente del magnífico resultado que dan más tarde el ejercicio y la disciplina practicados en los años de la juventud es Roberto Peel, uno de los oradores de más relieve del Parlamento inglés, que refutó con admirable memoria todos los argumentos, uno tras otro, de sus contrarios políticos. ¿De dónde sacó aquella memoria excelente? Cuando niño, al volver de la iglesia, su padre le hacía subir a una mesa y recitar el sermón. Al principio, como es natural, le costaba; pero el ejercicio llegó a dar tanta agudeza a su entendimiento que recitaba casi palabra por palabra los sermones. Y los éxitos de la plena madurez los debió a este trabajo arduo de la niñez.

Los padres de Stephenson, pobres como eran, no tenían medios de mandar a la escuela a su hijo, futuro inventor de la máquina a vapor; tuvo que trabajar doce horas diarias; pero robaba tiempo a la noche, con tal de poder aprender a leer y escribir. Tenía diecinueve años cuando llegó a escribir su propio nombre, y ¡qué alegría le proporcionaba el poder cultivar su entendimiento en los cortos ratos que le quedaban libres! Durante el descanso concedido para la comida, se entretenía en resolver problemas de matemáticas, que escribía en el costado del carro de carbón. Luego Stephenson trabajó durante quince años en el perfeccionamiento de su locomotora, para obtener éxito.

Después de considerar la admirable diligencia de los inventores de tantos adelantos materiales, podemos comprobar que “los hijos de este siglo o amadores del mundo, en lo que atañe a sus negocios materiales, son más sagaces e interesados que los hijos de la Luz o seguidores del Evangelio en lo que concierne al negocio de su salvación eterna.” ¿De qué sirven tantos afanes que no conducen al hombre a su fin sobrenatural? “Vanidad de vanidades, todo es vanidad: Si el hombre no emplea su vida al servicio de Dios, ¿qué beneficio duradero saca de todo el trabajo con que se afana sobre la Tierra?... Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es lo único que vale para el hombre.” (Eclesiastés). Todo es vanidad, sino amar y servir solamente a Dios; esta es la suma sabiduría, por el desprecio del mundo ir a los reinos celestiales.

Miserables son los inventos mundanos en comparación con el ascensor divino que ‘inventó’ Santa Teresita: “Estamos en un siglo de inventos. Ahora no hay que tomarse ya el trabajo de subir los peldaños de una escalera: en las casas de los ricos, un ascensor la suple ventajosamente. Yo quisiera también encontrar un ascensor para elevarme hasta Jesús, pues soy demasiado pequeña para subir la dura escalera de la perfección... Quiero buscar la forma de ir al Cielo por un caminito muy recto y muy corto, por un caminito totalmente nuevo... ¡El

ascensor que ha de elevarme hasta el Cielo son tus brazos, Jesús! Y para eso, no necesito crecer; al contrario, tengo que seguir siendo pequeña, tengo que empequeñecerme más y más.”

No perdamos el tiempo buscando esa sabiduría mundana que se encuentra en los móviles, ordenadores y videojuegos. Buscad la sabiduría de Dios, como dijo el Señor en El Palmar: “El Espíritu Santo, como sabéis, sopla cuando quiere, a quien quiere y como quiere. Naturalmente, soplará más impetuosamente sobre aquellos que estáis más entregados a Mí. He ahí la gran sabiduría: La entrega total a Mí, en cuerpo y alma entregado. ¡Gran sabiduría!”

La sabiduría celestial se encuentra en la Ley Evangélica que Cristo promulgó en el Sermón de la Montaña: “No os acongojéis, pues, diciendo: ‘¿Qué comeremos, o qué beberemos, o con qué nos vestiremos?’ Porque así hacen los paganos, los cuales se afanan por estas cosas; y bien sabe vuestro Padre que tenéis necesidad de todas ellas. Buscad, pues, primero el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán dadas por añadidura.”

Buscad con ardoroso afán el Reino de Dios y su justicia, para que la faz de la tierra sea pronto renovada. “¡Cuánto se afanan desmedidamente los hombres en la búsqueda de los bienes terrenales para el sustento de la vida corporal, y qué poco se preocupan de la salvación de sus almas! Posponen egoístamente los intereses espirituales a los materiales, cuando éstos nos vienen en atención a los primeros; pues las palabras evangélicas son testimonio fidedigno de que el Padre Celestial dará por añadidura las cosas que son necesarias para el mantenimiento corporal a los que buscan primero el Reino de Dios y su justicia. Y si Dios Providente y Conservador de todas las cosas, hace caer la lluvia y germinar los campos para el alimento corporal de los inicuos, con mayor razón hará fructificar sobremanera el trabajo de los que le sirvan con rectitud. Sea, pues, queridísimos palmarianos, vuestro primer afán el logro de la propia santificación, que todo lo demás lo recibiréis por añadidura, y así iréis elaborando la corona inmarcesible de gloria prometida por Dios a los que le sirven con rectitud y generosa entrega,” escribió el Papa San Pedro II.



¿Dónde hay que buscar ese Reino? Cristo mismo nos da la respuesta: “El Reino de Dios está dentro de los que están en Gracia”; es decir que dicho Reino en las almas es el estado de Gracia. La antítesis del Reino de Dios es el reino de las tinieblas, los que están en pecado mortal. ¿Y su Justicia? La justicia requiere que obedezcamos la Ley de Dios, y la justicia exige también que rindamos adoración a Dios y le ofrezcamos reparación por las desobediencias a sus mandatos.

¿Qué pérdida hay en el mundo que pueda hacer contrapeso a la ganancia de la Gracia? La pobreza, el dolor y las afrentas, que son las aflicciones que más suelen sentir los hombres, no son nada en comparación con la felicidad de tener la Gracia de Dios.

Entre los inventos del siglo actual destacan las telecomunicaciones, por las que la gente se conectan entre sí o quedan confinados en su casa y allí viven de ilusiones en un mundo ‘virtual’ e irreal, relacionándose con la ‘inteligencia artificial’ de los ordenadores, que les aparta de la realidad de las eternas verdades. En esto también los hijos de la verdadera Iglesia tienen adelantos que superan a los inventos del mundo, en cuanto que ahora estamos mejor conectados con nuestros mejores Amigos, pues además de poder recibir la Santa Comunión con tanta frecuencia, tenemos la doctrina, desconocida en siglos pasados, de la real presencia de Jesús y María en nuestros corazones, en donde podemos en cualquier momento comunicar con Ellos en dulces coloquios de amor. La mejor realidad se encuentra dentro del alma del que está en Gracia de Dios; allí encontraremos la felicidad. Aspiremos incluso a una intimidad y unión con el Señor como la que Santa Teresita notó cuando Dios le habló por boca de la Madre Genoveva: “Entonces mi admiración subió de punto al comprobar en qué grado eminente Jesús vivía en ella y la hacía hablar y actuar. Sí, esa santidad me parece la más auténtica, la más santa, y es la que yo deseo para mí, pues en ella no cabe ilusión.”

En una espléndida madrugada de julio, dos estudiantes emprendieron el camino para escalar la cumbre de una alta montaña. Ambos habían nacido en la gran llanura húngara y nunca habían visto montañas tan magníficas y gigantescas. Al son de una alegre canción, iban caminando aprisa, y riéndose, dejaron atrás a un anciano, que, al parecer, también se dirigía hacia la cumbre, pero con pasos tan reposados, tan mesurados, que “hasta el caracol se arrastra más aprisa,” observó uno de los estudiantes. Cuando a los diez minutos volvieron su mirada al anciano, les parecía una pequeña hormiga allá lejos, a sus pies. Pero el pulmón de los muchachos empezó a jadear cada vez más; al principio tomaban cada media hora de subida un descanso de cinco minutos; más tarde, tuvieron que descansar un cuarto de hora. Y cuando hacia el mediodía se tumbaron completamente agotados junto a la orilla de una cascada, he ahí que aparece de repente por el camino el hombre-caracol, y con los mismos pasos reposados, mesurados, como por la mañana, pasa delante de ellos, y sube..., sube..., cada vez más arriba..., sube el anciano...; otra vez parece una pequeña hormiga... Los dos jóvenes, en cambio, están tendidos sobre las rocas, presos de un cansancio que los paraliza. Porque para llegar a las alturas y alcanzar la

cima prefijada, no basta un arranque juvenil y una llamarada de fuego de paja, sino que es menester para ello una perseverancia reposada, siempre igual, constante.

La lectura es uno de los mejores medios para la propia instrucción. El entendimiento de un niño es como un gran cuarto vacío, y has de amueblar y llenar ese cuarto con esmero mediante estudio y lecturas provechosas. Puedes aprender cosas excelentes de los buenos libros y saciar tu sed de saber.

De la historia sagrada y la historia eclesiástica podemos sacar gran caudal de sabiduría práctica: “La historia es la maestra de la vida.” Interésate por las cosas de la Religión, lee cuanto puedas sobre ellas en las publicaciones de la Iglesia; no te contentes con sólo el Catecismo. ¡Cuántas cosas interesantes puedes leer sobre la vida y doctrina de Cristo, y las vidas ejemplares de los santos! Y cuanto más conozcas tu religión, tanto más te sentirás atraído por ella.

La primera causa de la indiferencia religiosa en que caen los hombres maduros e inteligentes es no conocer de cerca su religión, por lo cual, como dice categóricamente la Sagrada Escritura, “blasfeman de las cosas santas fingiendo ignorarlas con desprecio.” En cambio, ¡qué recio espíritu revela el joven que, en preferencia a las novelas y libros científicos, encuentra margen para conocer la belleza de su religión mediante detenidos estudios y lecturas meditadas!

Las ciencias naturales, bien estudiadas, no sólo no atacan las verdades de la religión, sino, todo lo contrario, ayudan a probarlas. A los jóvenes les falta aún la capacidad de un juicio profundo y la instrucción amplia con que se puede ejercer una crítica rigurosa sobre nuestras lecturas. Nada, pues, más natural que el que acepten como moneda corriente las hipótesis de escritores enemigos de la religión; hipótesis que, ciertamente, no son compatibles con la religión, pero tampoco lo son con la ciencia seria.

No podemos exigir de un joven de dieciséis a dieciocho años que descubra por sí mismo la falta de lógica que hay en ciertos raciocinios, ni la parcialidad que existe en ciertas afirmaciones de algún libro. Principalmente, en esta edad no deberían olvidarse las palabras del Apóstol: “Y ya que habéis recibido en vuestros corazones a Nuestro Señor Jesucristo, seguid sus pasos unidos a Él, arraigados y sobreedificados en Él; y, por tanto, fortalecidos en la Fe, como lo aprendisteis de nosotros, los Apóstoles del Señor, creciendo más y más en Él, y dándole gracias continuamente. Estad sobre aviso para que nadie os seduzca por medio de una filosofía inútil y falaz, ni con otros vanos argumentos, fundados en tradiciones humanas según las cosas del mundo, y no según la doctrina de Cristo.”

La Santa Iglesia siempre ha sido atacada por los mundanos con libros, mas todas las objeciones y dificultades que inventaron ya fueron resueltas cien veces de un modo satisfactorio. Tienes un excelente libro apologético por el cual puedes prevenirte contra las perniciosas impugnaciones del bando de enfrente, sin que por ello perjudiques en modo alguno el gran tesoro de tu fe, y es la Historia Eclesiástica Palmariana, en donde puedes leer los principales errores de los distintos herejes y a renglón seguido su refutación.

En los primeros días de enero de 1902, los periódicos dieron una triste noticia. Iba encabezada con este título: “Se quemó durante la lectura.” Una muchacha austríaca, de catorce años, recibió como aguinaldo de Navidad un libro interesante. El libro la subyugó hasta el punto que no pudo dejarlo de las manos ni siquiera por la noche, y así, se sentó a la vera de la chimenea y a la luz de la misma prosiguió la lectura. De repente lanzó un grito. El fuego había prendido en su peine de celuloide, se había encendido la cabellera de la muchacha y, en un abrir y cerrar de ojos, se vio la pobre transformada en una antorcha viviente. ¡La pobre!

¡Se quemó durante la lectura! ¡A cuántas almas de adolescentes podría aplicarse la misma frase! Las lecturas pueden ser muy provechosas, pero también pueden ser muy nocivas. Hay padres que temen por su hijo cuando sopla la brisa de marzo, se cuidan de que en su traje no haya una sola mancha, pero no se preocupan de saber si su hijo va tragando el veneno de la inmoralidad, que socava toda su vida con los productos de la literatura mundana. Aún más que las lecturas, los medios de comunicación meten en el cerebro de los niños abundante basura que está siempre conforme con sus inclinaciones bajas, sobre todo la pereza, lujuria y amor propio; por lo que resultan jóvenes indiferentes, que carecen de ideales, y quieren tener todo a su gusto, con mucho tiempo para divertirse.

El peligro más serio está en la lectura de novelas. Es un hecho comprobado que aun la lectura de novelas buenas lleva anejos ciertos peligros que se deben tener en cuenta. La lectura de novelas, llevada hasta la exageración, excita el mundo de sentimientos del joven, exalta su fantasía, tuerce su voluntad, y no es raro el caso de que lo haga neurasténico o, por lo menos, aumente la debilidad de sus nervios. Por otra parte, no se ha de negar que las novelas buenas pueden ejercer una influencia ventajosa en el lector (la descripción excelente de ciertas épocas históricas, los ideales nobles, por los cuales luchan en la novela los protagonistas, etc.). No se trata, pues, de una prohibición absoluta, sino de una selección prudente.

El joven a quien le importa su salvación eterna no procederá en la lectura sin ton ni son. El que come todo cuanto tiene al alcance de su mano estropea su estómago, y el que lee cuanto se le presenta echa también a perder... su alma. Y este mal es mil veces peor que el primero.

Un famoso escritor francés, Paul Bourget, dice: “No hay nadie que, después de un sincero examen de conciencia, no se vea obligado a confesar que a estas horas sería muy distinto si no hubiera leído este o aquel otro libro.” No podemos atravesar un charco sin mancharnos la ropa.

Zola no permitió a sus hijos la lectura de sus propias novelas inmorales. Nietzsche fue preguntado por su madre: “Hijo mío, ¿cuál de tus libros debo leer?” “Madre,” contestó él, “ninguno. No están escritos para ti.” Si ellos no se atrevieron a poner sus libros en manos de sus hijos o de su madre, tampoco debes tenerlos tú en las tuyas. Es posible que la gente superficial y frívola se sonría si te oye decir que no has leído nada de novelas frívolas porque “no te lo permiten tus principios o tu religión.” Pero la sonrisa irónica se desvanecerá en el día del Juicio.

Nadie te podrá, con razón, tildar de retrógrado o poco culto por el mero hecho de no querer en tu propia alma, en tu alma única, el veneno destructor de tales libros; como tampoco es tachado de hombre atrasado en el campo científico el que se contenta con conocer los venenos de la farmacia, sin probarlos todos, uno tras otro.

Acaso la influencia de los malos libros no se acuse con claridad y de un modo deliberado, pero los pensamientos adquiridos quedan ocultos en la subconciencia, y más tarde, quizá al cabo de los años, por ejemplo, en una tentación, no sabrá el joven resistir porque tiempos atrás leyó un libro inmoral o impío. Ni siquiera se acuerda ya del título, ya se le borró de la memoria el contenido, y a pesar de todo..., la influencia subconsciente del mismo ocasiona su derrota en el trance de la tentación.

“Velad y orad para que no caigáis en tentación...” “Guardaos de los falsos guías o profetas...” Así amonestó a sus apóstoles el Señor. Y tú, sin embargo, piensas que puedes leerlo todo. ¡Ya es presumir de ti mismo! “A mí no me dañan esas cosas.” ¿Eres el único justamente? A los otros, tal vez, pero ¿a ti, no? ¿Tú eres más fuerte que los demás mortales? ¿Tú no tienes que guardar tu alma contra los falsos profetas?

Cuando el huracán desatado azota el mar, embarca en una frágil navecilla y dile: “No te hundas.” Cuando el alud cae con rumor de trueno, arrastrando árboles y casas, cuádrate delante de él y dile: “A mí no me toques.” Esto sería ridículo, ¿verdad? Pues mientras no sepas hacer esto no digas, porque tampoco sería creíble, que los libros malos no te causan mal alguno.

Los jóvenes admiten sin protesta que mala cosa es leer libros inmorales. O libros que atacan la religión. Pero se devanan los sesos preguntándose: “¿Por qué me reprenden tanto porque leo Nick Carter o Nick Winter..., cuando en ellos no hay nada contra la religión ni contra la moral, sino sólo aventuras policíacas interesantísimas y acontecimientos de la vida deportiva?” Ciertamente que hay folletos de estos baratos que no atacan abiertamente la religión ni la moral; a pesar de ello, no es bueno que se vean en manos de jóvenes conscientes, porque con su vaciedad inconcebible tuercen el recto modo de pensar de los muchachos, con su lenguaje infame les echan a



perder el sentido de exquisitez literaria, con la descripción de continuos crímenes e innumerables asesinatos excitan los nervios y endurecen el corazón. Bastan estas razones para que no derroches tu tiempo precioso en perniciosas necedades.

¿Hostilidad entre la ciencia y la religión?: Todo este magnífico progreso, los muchos inventos, la ciencia, que avanza de continuo, ¿por qué han de estar en hostilidad con la fe, con la religión? ¿Es que nuestra vida resulta menos maravillosa desde que el microscopio nos muestra que, además de los seres hasta ahora conocidos, existe una infinita serie de criaturas vivas y sensibles? Cada vez encontramos más motivos de admiración y nada vemos que pueda explicar el origen de esas cosas.

Cuanto más aprendamos, tanto mejor veremos el gran cúmulo de variedades que hemos de aceptar a base de mera creencia. Lo dice con gracia un poeta alemán: “Aunque sigas estudiando y no tengas un momento de descanso, no adelantarás mucho con tu sabiduría. El término de la filosofía es: saber que hemos de creer.” Expresa, poco más o menos, el mismo pensamiento la frase de Bacon de Verulamio:

“Quien cata tan sólo la ciencia, puede ser que se vuelva ateo; pero el saber copiosamente conduce a la religión.” No hay ciencia que pueda presentar una sola tesis probada contraria a la fe.

San Pío X, por ejemplo, supo fomentar la investigación y la ciencia en el campo católico. Él mismo mandó restaurar el observatorio que se encontraba en su palacio. ¡Qué elocuente símbolo de la armonía que existe entre la fe y la ciencia! Nuestra religión no exige una fe que condene la ciencia; ojalá tampoco hubiese un solo científico que condenase la fe. Antes al contrario, todos habrían de estar de acuerdo con el poeta alemán: “La ciencia es la estrella de la fe; la piedad, el grano de toda ciencia.” El creyente ha de saber, pero el sabio ha de

creer. Si, no obstante, hay hombres que perdieron la fe, no es la ciencia la que les despojó de su tesoro, sino su soberbia e impiedad.

Después del examen final, viene la gran cuestión: “¿Qué carrera escojo?” El escoger carrera es un problema difícil. Es una de las incumbencias más graves de la vida. No hallarás felicidad en la vida, no trabajarás con éxito, no asegurarás la salvación de tu alma, a no ser escogiendo con acierto tu carrera. En una carrera mal escogida, el trabajo se hace sin bríos, la vida es un yugo pesado, la paz del alma... es cosa desconocida.

El momento de escoger carrera es decisivo para toda tu vida: más aún, de él depende tu tranquilidad espiritual y muchas veces la eterna suerte de tu alma. Lo importante no es la posición que ocupas, la oficina en que trabajas, sino el acierto en escoger el puesto que te corresponde y el modo de pensar respecto a tu vocación.

Por lo tanto, al escoger carrera, nunca pierdas de vista la voluntad de Dios. Antes de todo fija un ideal a tu vida, y así te será más fácil escoger una carrera que pueda guiarte al mismo. El ideal de la vida y la carrera del hombre no pueden ir contra su fin supremo. Somos de Dios y por Él vivimos. La palabra “vocación” significa “llamamiento” porque Dios es el que llama, con sus inspiraciones, a algún estado, profesión o carrera, especialmente al de religión.

Acaso tú también sientas, amado joven, una vocación, que causará pesar a tus padres, o chocará con su oposición categórica. ¡Dichoso el joven que puede seguir su destino en la vida con la bendición de sus padres!... Pero, por desgracia, se da con frecuencia el caso de que la voluntad de los padres se opone terminantemente a la vocación del hijo. Ese deplorable cruce de caminos, esa colisión de espíritus, tiene lugar las más de las veces en el caso de que un joven de familia distinguida, de claro talento, gallardo, amable, listo, sienta la invitación del Señor que le llama a “la casa del Padre,” a la carrera sacerdotal.

Hay padres cuya vida religiosa es muy tibia, por no decir fría, por otra parte acaso inteligentes, que cuando uno de sus hijos les presenta la gran demanda: “Quiero consagrar mi vida a los negocios santos de Nuestro Señor Jesucristo,” se oponen y prohíben el plan. “Cualquier cosa. Pero sacerdote... nunca.”

¡Hijo! En el momento de las grandes pruebas no te dejes quebrantar. Si realmente te besó en la frente Nuestro Señor Jesucristo, tu plan se verá coronado por el éxito, con tal que permanezcas firme junto al Señor, conserves con tenacidad el tesoro de tu vocación, cuidándolo con esmero y constancia mientras seas estudiante. Después, cuando a los ojos del mundo y según reza el diploma, tengas bastante madurez, preséntate a tu padre y dile: “Padre, tengo que irme; el Señor me llama.”

Medítalo antes bien. La carrera sacerdotal no es una carrera en el sentido en que lo son las demás; no es un alquilarse, no es un asegurar el sustento, no es un empleo, no es un modo de ganar el pan, sino fuego vivo, oloroso humo de incienso, sacrificio de la propia persona, trabajo, y trabajo hasta el más alto grado, trabajo intenso por amor a Cristo y a las almas inmortales. Todo esto tienes que meditarlo antes de resolver. Pero si te sientes de veras con ánimo, voluntad y entusiasmo, entonces, conmovida el alma por tan alta distinción, contesta como contestó San Pedro a la orilla del mar de Tiberíades: “‘Señor, Tú sabes todas las cosas: Tú sabes que te amo.’ Haz que yo sea el pastor que salva las ovejas aprisionadas entre zarzales; el pescador que, a tu mandato, aun después del trabajo infructuoso de largas noches, echa nuevamente su red con confianza. Haz que yo sea el imán, capaz de atraer a cuantos se aproximan a mi círculo de acción. Sea yo el obrero que recoge la mies, aquella de que Tú dijiste: ‘La mies verdaderamente es mucha, mas los obreros pocos.’ Que sea yo chispa de fuego, que sepa propagar el que Tú trajiste al mundo y lo encienda en el alma de cuantos encuentre por el camino.”



Al escoger tu camino, no seas como los que, en vez de buscar su verdadera vocación, la voluntad de Dios y su mayor honra y gloria, buscan únicamente su propio gusto. Los jóvenes que definen su vocación por el gusto y la comodidad, y no según la voluntad y gloria del Altísimo, no valen ni para el sacerdocio, ni para la vida religiosa, ni tampoco para la vida matrimonial. Porque un joven de esa índole no tendrá el valor, la entrega, la generosidad, ni la voluntad de cargar pacientemente con su cruz de cada día.

¿Debemos ser patriotas? Vemos cómo el Señor amaba a su nación, lloró por su apostasía y sigue esperando su conversión. Ahora que la masonería reina en todas las naciones e impone inicuas leyes que ofenden a Dios, el verdadero patriota no será el que grita frenético con ocasión de una fiesta nacional, sino aquel que salva la nación de sus enemigos, como hizo Santa Juana de Arco. La grandeza de un país no estriba, principalmente, en sus tesoros naturales, en la gloria de su antigua historia, en la sabiduría de sus reyes, sino en la honradez y piedad de sus ciudadanos, y en su fidelidad en cumplir la ley divina. Ama de veras a su Patria quien se siente identificado con la misma; se alegra por sus triunfos, está triste cuando ve su postración en el pecado, se sonroja por su ignominiosa apostasía.

En estos tiempos apocalípticos, la tormenta de la Justicia Divina estallará ciertamente, tarde o temprano, sobre las naciones impías; porque las naciones, no teniendo eternidad, deben ser castigadas aquí abajo visiblemente. Sin embargo los miembros de la Iglesia pueden hacer mucho para salvarlas, porque en El Palmar, la Santísima Virgen María dijo: “Yo prometo extender mi Manto Protector sobre las naciones que tengan frailes y monjas en la Orden de los Carmelitas de la Santa Faz y cuanto mayor sea el número, más será la protección y el amparo y el refugio.” Y el Señor dijo: “Cada Nación que tenga un buen número de frailes en la Orden de los Carmelitas de la Santa Faz, esa Nación será grande y estará unida al Gran Caudillo del Tajo en España, para el restablecimiento de mi Reino en el mundo.” Así queda claro que los pecados son la causa de la ruina de las naciones impías y que la vida de santidad y entrega a Dios es lo único que realmente aprovecha a las naciones y atrae sobre ellas la bendición divina.

Nuestra verdadera patria o nación es la Patria Celestial, la patria eterna y gloriosa, llamada la Iglesia triunfante, que es la continuación de la Iglesia militante. Todos los miembros de la Santa Iglesia Palmariana formamos una sola nación espiritual, pues llevamos la misma Sangre divina en nuestros corazones. Somos un mismo linaje, el pueblo de Dios, como dijo San Pedro: “sois linaje escogido, sacerdocio real, grey santa y pueblo rescatado, para que publicuéis las grandezas de aquel que de las tinieblas os llamó a su maravillosa luz.”

Para publicar, o hacer que todos lleguen a conocer, las grandezas de la caridad de Cristo, es preciso que le imitemos: “si tuviereis caridad entre vosotros, en esto conocerán todos que sois mis discípulos,” dijo el Señor. La caridad se manifiesta en soportar los defectos del prójimo, ayudarle en sus necesidades, tratarle con deferencia..., por lo que todos los jóvenes tienen que ser de alma santa y noble, de carácter decidido y, además, educados, corteses, atentos y discretos. Hay reglas determinadas que rigen el trato, la conversación, el comportamiento mutuo de los hombres. Estas normas de buena educación se han ido formando durante varios siglos, y a ninguno es lícito prescindir de ellas. Serán señales e índices de tu cultura: tu modo de andar y de sentarte, tu conversación y tus ademanes, tu manera de mirar y de reír, tu comportamiento en la mesa, en la calle y en la sociedad, el aseo de tus vestidos, la limpieza de tus manos... Pero el cumplimiento de todas estas reglas no es aún la educación perfecta. Todas estas cosas pueden ser meras exterioridades, sin valor alguno, si no las anima el espíritu que corresponde.

La verdadera cortesía brota del carácter puro y de la bondad del corazón; no se logra con meras fórmulas. Si la cortesía no va hermanada con la caridad cristiana, el mero decoro exterior será falsa cortesía. Hoy abunda esa cortesía exterior, la sonrisa visible que sirve para engañar, porque no brota de la caridad.

El hombre es un sobrado egoísta y muy benévolo consigo mismo por naturaleza; y mucho más lo son los jóvenes. ¿Qué es el egoísmo? Un amor a sí mismo desordenado, desquiciado. El amor justo a sí mismo es mandamiento de Dios y al par un instinto puesto en nosotros. Es el principio de que brota la sustentación del individuo y que nos instiga a evitar todo lo que puede dañarnos. Pero el egoísmo es la caricatura del justo amor a sí mismo. El muchacho egoísta se cree ser el centro del universo, que todo el mundo está hecho para él, y que todos los hombres tienen por único destino en la tierra el servirle para su mayor comodidad. Juzga hasta los grandes acontecimientos mundiales según la ventaja que para él representan.

Los jóvenes se vuelven con facilidad egoístas precisamente en los años en que más orgullo suelen sentir por su agudeza y su ciencia. Del joven que es insoportable en casa, que se enfada con facilidad, que no deja en paz a sus padres y hermanos, que cierra las puertas con estrépito, que pone ceño áspero, que siempre está descontento, que no trata a nadie con comedimiento, suele decirse: “¡Es nervioso el pobre!” ¡Qué va a serlo! Solamente es egoísta. Lo peor del caso es cuando tales egoístas ruidosos, que explotan ante cualquier humillación o adversidad, se jactan de que tienen un “carácter fuerte,” porque la realidad es todo lo contrario: lo que tienen es un carácter débil y enfermizo, incapaz de dominar sus viles instintos, incapaz de sufrir una ligera contradicción, incapaz de superar ese infame egoísmo que intentan disfrazar como una virtud, llamándolo “carácter fuerte.”

La cortesía es como una chispa de la gran hoguera del amor al prójimo. Es también como el aceite en la maquinaria de la sociedad, merced al cual puede funcionar ésta sin roces y, por lo mismo, sin chirridos. Con el aceite de la cortesía la vida social se mueve también sin roces ni estrépito. La cortesía produce grandes provechos. Nada cuesta y, sin embargo, cautiva los ánimos en seguida, porque la cortesía es una lengua universal que todos entienden. El joven debe acostumbrarse a tener buenos modales.

El carácter y la cortesía tienen entre sí cierta relación de causa y efecto. Del que por amor a los demás hace un esfuerzo para dominar su mal humor, del que sabe ser comprensivo cuando se trata de los defectos ajenos, del que saca de apuros a sus compañeros, bien podemos afirmar que no sólo cumplió un deber de cortesía, sino que al mismo tiempo practicó la caridad y trabajó en afirmar su propio carácter.

El que es de verdad educado y cortés lo será no sólo delante de los otros, cuando está en sociedad, sino también cuando nadie le ve, cuando vive a solas, porque en él los buenos modales son fruto de la caridad, brotan del carácter y no son barniz meramente de por fuera, sino algo logrado a costa de grandes esfuerzos.

Se cuenta que Stanley, el gran explorador de África, hasta en el corazón de los bosques vírgenes, donde pasaba semanas enteras sin ver a un hombre civilizado, no dejaba de afeitarse un solo día. Con mucho mayor motivo debe esmerarse en su comportamiento el que vive en la presencia de Dios y lleva a Jesús y María entronizados en su corazón en todo momento.

No escojas tus amigos por su vestido: Un antiguo filósofo griego dejó escrito que “el hombre es un ser social.” La soledad le aterra; busca compañeros y amigos. También el estudiante quiere tener amigos. El amigo bueno es un tesoro inapreciable; podemos contarle todos nuestros asuntos; podemos abrirle el alma con absoluta confianza; él comparte con nosotros las alegrías y los pesares. El mal está en que la historia habla no sólo del amigo bueno, sino también del malo. La amistad puede ser de consecuencias funestas para toda la vida. Sería un juicio injusto hacer distinción entre los hombres por el traje flamante o por la exterior apostura. Y muchas veces, engañoso. Si escoges a tus amigos según su dinero, por su porte distinguido y a base de sus vestidos, habrás de pagarlo con amargas desilusiones.

Jóvenes hay que saben poner orden con mano dura en los caprichos desenfrenados de sus propios instintos; pero que llegan a traicionar sus principios y negar sus ideales al sentir los escarnios de compañeros frívolos y burlones y el ataque silencioso de amigos que viven al margen de la moral.

Hijo, alerta; evita cuanto puedas a los “lobos”: aquellos que hablan groseramente, que de todo dudan, que menosprecian toda autoridad. Pero si no puedes evitarlo por completo (porque en la clase, en el juego y por la calle, nos vemos obligados no pocas veces a dar con ellos), redobla tu cuidado. El primer requisito que has de buscar en el amigo es que profese y practique la verdadera Fe.

¿Cómo podrás conocer si una persona es digna de tu amistad? Observando si en su compañía te vuelves o no mejor. Leemos en el pavimento de una antigua casa romana: “Entra bueno; sal mejor.” Esta debe ser también la señal de amistad digna: ¿Te hace mejor o peor? Guárdate de otorgar con excesiva facilidad el título de “amigo.”

Hay jóvenes que, después de charlar por vez primera con un joven desconocido, ya lo toman por “amigo,” cuando es norma fundamental que antes de recibir a uno por verdadero amigo debe conocerse su alma, su modo de pensar. “Fíate, pero mira de quién.”

No juzgues a los jóvenes por la belleza de su rostro, por la elegancia de su vestir ni por la riqueza de sus padres. El joven distinguido no es el que lleva siempre nuevos trajes y tiene una sonrisa risueña, sino aquel que tiene nobles ideales, una moralidad sin tacha, y un sincero amor a Jesús y María.

Debajo de un exterior modesto puede latir también un corazón eminente; y la cara hermosa y el traje fino pueden encubrir un espíritu vulgar, un alma rastrera. La legítima nobleza está en la bondad del corazón, en el carácter sin mácula, en estar en estado de Gracia.

Desgraciadamente, un vestido bien planchado cubre no pocas veces un alma podrida; debajo de la miel está el veneno; en la manzana hermosa está escondido el gusano. Y si un hombre sensato hubiera de escoger entre sentarse a la mesa con el estafador que come con elegancia irreprochable o con el hombre de alma limpia que se lleva el cuchillo a la boca, haciendo de él tenedor o cuchara, se quedaría con este último. Razón tiene un dicho francés: “La hermosura sin virtud es una flor sin perfume.”

En la Santísima Virgen María el cristianismo ensalzó a la mujer y la levantó sobre un pedestal que antes ni podía sospecharse. Y a medida que se iba propagando el culto mariano, se difundía también un concepto completamente nuevo de la mujer. El que se hacía cristiano y honraba a María miraba con respeto emocionado a todas las mujeres. Porque el culto mariano, si por una parte inculcaba a la mujer su propia dignidad y el aprecio de las cualidades realmente valiosas de la mujer, por la otra, despertaba también en los hombres una nueva forma de respeto, suavemente fina, pura, aquella belleza del caballeresco pensar cristiano que antes de Cristo no conocían aún los pueblos más cultos y que hoy, por desgracia, ha llegado de nuevo a desconocer casi por completo la generación actual, tan alejada de Cristo. Aunque veas en torno tuyo ejemplos demoleadores de los flamantes jóvenes “modernos”, tú no cejes un punto y mantén el noble respeto a la mujer cristiana. El hombre educado siente y muestra siempre tal respeto a las mujeres como si fueran su propia madre o hermana.

El joven de verdad educado no se muestra dueño de sí únicamente al estar delante de otro; ni es cortés tan sólo con los extraños, sino que en primer lugar lo es en casa, con sus padres, con sus hermanos y con los empleados. El caballero verdadero se porta caballerosamente con todos. No es superfluo recalcar este aviso. Algunos jóvenes creen que para la cortesía y el comedimiento se necesita estar en una reunión de extraños; al mismo tiempo que se deshacen en atenciones con las hermanas de sus compañeros, son insoportablemente caprichosos con las propias; son amables con la gente desconocida, pero groseros con los parientes. Aún más: no faltan jóvenes que, llevados del afán de mostrar que ya son hombres, son tercos, malhumorados, caprichosos

con sus padres y hasta se atreven a discutir con ellos. Podrán vestir a la última moda, mas su comportamiento adolece de una gran falta de educación. Precisamente donde mejor se muestra la verdadera cortesía es en el reducido círculo de la familia.

Bien se sabe que la cortesía en familia es un deber difícil y que, por desgracia, se quebrantan no pocas veces sus leyes hasta en los círculos distinguidos, donde, por otra parte, se procura cumplir con los extraños lo más fielmente las reglas de la buena educación. Esto no es lógico. Dios no te ha dado hermanos menores para que tú



los tiranices y vengues en ellos la mala calificación que has merecido. Lo razonable es el tierno espectáculo de los hermanos que no sólo se toleran con amor, sino que son positivamente caritativos y corteses unos con otros. ¿Y tus padres? Medita con seriedad: ¡Cuántas preocupaciones espirituales y materiales les has costado desde la más tierna infancia y cuántos les causarás aún en adelante!

Un muchacho alegre, amable, siempre obediente, cortés, ¡cuánta alegría, cuánto sol puede irradiar en su familia! Sé tú sol brillante de alegría para la familia, su ave cantarina. Sé alma de luz para ellos en la noche de las luchas de la vida.

¡Lucha contra el mal humor!: Hay que ser dueño del humor no sólo en el trabajo, sino aun en las relaciones sociales y en el modo de proceder. Imitad a San Juan Bosco y San Francisco de Sales en quienes se destaca la constante alegría, pues el que ama la cruz encuentra dulzura en las amarguras. Aunque estés de mal humor, no has de hacerlo sentir a los que te rodean, y no se lo demuestres con enfados, con una cara mustia, con tu descontento. ¡Cuántas veces hubieron de ruborizarse los hombres de palabras ofensivas y acciones precipitadas, que cometieron sin premeditación, bajo la influencia de su mal humor! ¡Cuántas veces se nos escapan frases no pensadas de las que sólo más tarde vemos cuán ofensivas eran para otros! “Pero yo no lo quería. No pensaba en las consecuencias que se pudiesen seguir.” Sí, sí; pero el pesar ya llega tarde.

El que ama a Dios reconoce que las dificultades de la vida nos vienen de la divina providencia, y que cada día tenemos que llevar nuestra cruz para seguir a Cristo en el camino al Cielo; así nos unimos con Jesús y María en reparar a Dios, en salvar almas, y en nuestra propia santificación, por lo que debemos darle gracias y alegrarnos. La verdadera grandeza espiritual del hombre se muestra en las pruebas, en el peligro, en la desgracia. No desconfiar en medio de la desgracia, plantarse con la frente erguida de cara al mal, no abandonarse al desaliento, es virtud tan sólo del alma grande. Lo mismo sucede en la lucha contra el mal humor. El mal humor es sólo un síntoma del rechazo a la cruz que la divina providencia impone a cada uno diariamente, y el remedio es sencillamente amar intensamente a Jesús, y así hallarás dulzura en las amarguras al ver la mano de su amorosa providencia en todas las cruces y sinsabores de la vida.

Si tienes orden en tu alma, si amas la cruz, nunca has de estar de mal humor, sombrío, desalentado. Procura tener un humor jovial, expansivo, capaz de entrar en conversación con los pajarillos, y vence de esta suerte tu mal humor.

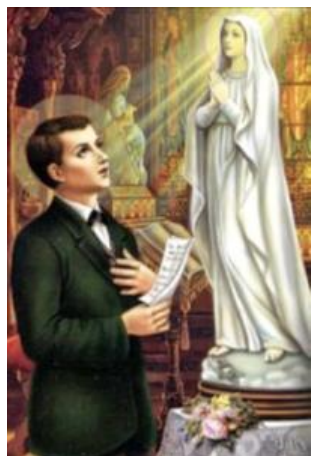
El exterior del joven, su modo de vestir, el aseo de su cuerpo, ha de ser la expresión del orden interior, de un espíritu disciplinado, de un alma pura, de una limpieza espiritual, como conviene a los que viven siempre en la presencia de Dios. Esfuérzate por tener un aspecto agradable, un exterior ordenado. Naturalmente, que no seas esclavo de la moda mundana, con su inmodestia y exceso de cosméticos, maquillaje y perfumes. Se refiere al aseo de tu cuerpo y de los vestidos. El estudiante de manos sucias, de dientes descuidados, de cabello en greñas, no causa buena impresión. La limpieza es importante, no sólo para la salud y para no ofender al prójimo, sino, sobre todo, porque nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo. El cuerpo limpio, en vestido aseado, es la mejor moda.

El dominio de sí mismo es necesario también en la mesa. Y justamente en la satisfacción ordenada de las necesidades sencillas y diarias es en lo que más podemos convencer al cuerpo de que en nosotros manda el espíritu. Con sólo guardar las reglas de urbanidad en la comida, podemos dar cierta espiritualidad a este acto, meramente animal, y levantarlo a un nivel más alto. Aprovecha las comidas para acostumbrarte a vencer la sensualidad, para no dejarte llevar por tus caprichos, lo cual se consigue mortificando tus gustos en las comidas, y así, fortalecido por la buena costumbre, te será más fácil vencer las concupiscencias y someterte mejor a las exigencias de la Ley de Dios en todo.

La regla principal en el comer es la disciplina y la medida. Procura con esmero que no sea el estómago el que oriente tu vida ni consideres como el más valioso tesoro el órgano contra el cual, según la parábola de Menenio Agrippa, se sublevaron todos los demás. Nunca has de comer sin medida, por más que te guste el pollo u otro plato; mucho menos cuando estás invitado. No faltan invitados que se preparan con un ayuno de dos días para poder cargar su estómago en el banquete. Tú, empero, sigue el aviso de aquel antiguo monarca persa que aconsejaba a su hijo no ir al festín con mucha hambre para no caer en la tentación de comer desmesuradamente.

¡Cuántas escenas poco edificantes se han visto en este punto! Observa el buffet libre de una fiesta donde se pueden llenar los estómagos sin pagar: ¡cómo se desborda, cómo estalla la voracidad desmedida y la gula de muchos invitados! Y, sin embargo, esta voracidad en el comer y en el beber, este afán insaciable de cosas que se dan de balde, delata un ser muy rastrero y un alma vacía.

Domina tu lengua: ¿Son verdaderas todas tus palabras? ¿No expresas tu opinión precipitadamente? Y si el otro disiente de ti, ¿le escuchas hasta el fin con tranquilidad? No en vano la admirable sabiduría del Creador cerró la lengua con doble candado, con doble pared: primero, los labios, y después, los dientes, como significando que debemos pesar mucho las palabras antes de pronunciarlas. ¡Ay! ¡Cuán costoso es a muchos jóvenes poner candado a su boca! Fluyen de sus labios las palabras como se despeña sin freno el riachuelo que baja de la montaña; naturalmente, tiene muy poca sustancia. El corazón del necio está en sus labios, mientras que la lengua del sabio está en su corazón.



“Enséñame tu lengua,” dice el médico; la mira y dice si el joven está o no enfermo. “Háblame,” te diría mejor, “y te diré si está enferma o no tu alma.” El que habla mucho, regularmente, habla por vanidad, ya que el tema principal de sus charlas suele ser su propio yo. El juicio sereno y sencillo sienta mejor al joven que un discurso henchido de orgullo, propio de los jóvenes que emiten sus juicios con una seguridad fantástica y con una superioridad aplastante. El tono amistoso y dulce, es señal de un alma delicada y del dominio varonil de sí mismo. No es, como podrías creer, señal de debilidad. Puedes exteriorizar tu opinión, mostrar tu discrepancia; pero todo puedes y debes hacerlo con finura.

Ejemplo interesante de que pueden decirse las verdades más duras, con tal que sea el tono sereno, es el caso de Harún al Raschid, califa de Bagdad. Soñó una noche que se le habían caído todos los dientes. ‘¿Qué puede significar este sueño extraño?’, preguntó a un hombre que sabía explicar los sueños. ‘Significa que, viviendo tú todavía, perecerán todos tus parientes.’ Harún al Raschid sintió subir una oleada de cólera e hizo azotar al adivino. ‘Insensato, ¿cómo te atreves a decirme semejantes cosas? Si mis parientes mueren antes que yo, ¿qué alegría puedo tener en este mundo?’ Hizo entonces llamar a otro hombre entendido en sueños. Este le dijo: ‘El sueño que ha tenido el honorable jefe significa que el califa vivirá mucho más tiempo que sus parientes y que su vida será mucho más larga que la de los suyos.’ La explicación agradó al califa, que dio al adivino cien monedas de oro. Y, con todo, el contenido de la explicación era el mismo; tan sólo el tono había variado. “El tono es lo que hace la música.” Así también, el que es caritativo siempre encuentra la manera de decir las realidades más dolorosas y desagradables sin herir ni ofender.

El trato con los demás según la caridad cristiana se resume en estas palabras de Cristo: “haced vosotros con los demás hombres todo lo que deseáis que hagan ellos con vosotros.”

Después de su muerte, Santo Domingo Savio se apareció a San Juan Bosco y le dijo que sus jóvenes se dividían en tres clases: Los ‘ilesos’, que eran los que el demonio no había podido herir, y aún conservaban intacta su inocencia; caminaban firmes por el mismo sendero, pese a ser el blanco de saetas, golpes de espada y de lanza que salían de todas partes. La segunda clase eran los ‘heridos’, que eran los que habían estado en desgracia con Dios, pero ahora puestos en pie, habían curado sus heridas, arrepentidos y confesados; eran muchos más que los primeros, y muchos caminaban encorvados y desalentados. Y había un tercer grupo, los ‘abandonados en el camino de la iniquidad’, que eran los que se encontraban en desgracia con Dios; muchos de ellos eran tenidos, en medio de sus compañeros, por buenos, hasta por óptimos, pero, desgraciadamente, no eran tales.

Quizás entre los palmarianos también hay fieles de estas tres clases, pero nos fijamos sobre todo en los muchos que, ya curados de sus heridas por el indulto general, todavía caminan “encorvados y desalentados,” porque es urgente levantarse de tal abatimiento antes que lleguen los terribles momentos que se acercan. Desconfiemos de nosotros mismos, y busquemos el auxilio de la oración, a fin de no hallarnos desprevenidos.

Cristo a veces calma la tempestad sólo cuando ya no queda remedio humano. Mirad cómo los Apóstoles se desalentaron en los días de la Pasión del Señor, justamente cuando estaban en vísperas de la gloriosa Resurrección de Jesús, pues el triunfo viene después de la lucha.

Nuestra lucha continua es contra los tres enemigos del alma y demás adversarios, y también consiste en enfrentarnos con los problemas, sufrimientos y dificultades de esta vida.

La Santa Iglesia siempre ha tenido que luchar contra los enemigos de la fe, judíos, mahometanos, herejes y sociedades secretas. En el siglo veinte, la mayoría de los católicos dejaron de luchar, al dialogar con los herejes, y se sometieron a las consignas masónicas de libertad, igualdad y fraternidad, olvidando que muchos Papas habían advertido que el verdadero fin de la masonería es destruir la Religión de Jesucristo, la Iglesia Católica, para implantar por todas partes el librepensamiento, la moral independiente y un nuevo orden mundial sin Dios.

Esos mismos enemigos de Cristo ya han empezado su última embestida contra los restos que quedan del cristianismo, con la blasfema pretensión de derribar la roca inconvencible de la Iglesia, desafiando la promesa de su Divino Fundador: “las puertas del infierno no prevalecerán contra Ella.” Pero terminarán como todos los anteriores perseguidores de la Iglesia, con su propia destrucción, y la sangre de los mártires volverá a ser la semilla que producirá nuevos cristianos.



anteriores perseguidores de la Iglesia, con su propia destrucción, y la sangre de los mártires volverá a ser la semilla que producirá nuevos cristianos.

Cada nación tiene su ejército para defenderse y garantizar el orden y la paz. La Santa Iglesia, para defender sus intereses espirituales, también tiene un ejército bien armado, constituido por las legiones angélicas, los Santos del Cielo y los miembros militantes de la tierra. Las milicias del Señor Dios de los Ejércitos son inmensamente más poderosas que todos los ejércitos de este mundo. Las potencias celestiales están siempre a nuestro servicio, si las invocamos con fe y constancia en nuestra lucha continua contra los enemigos del alma y demás adversarios. A través de la historia, esas poderosísimas huestes del Señor Dios de los Ejércitos alcanzaron grandes victorias para la Iglesia contra sus enemigos, con los consiguientes frutos de paz, de orden y de extirpación del mal. Por ejemplo, la conquista de la Tierra Prometida, las gloriosas batallas de los Santos Caudillos Macabeos, así como otras muchas memorables gestas bélicas en defensa de la religión y de la paz. “Combatid como buenos soldados de Cristo, pues aún militáis en las filas de la Iglesia y toda militancia lleva consigo la vigilancia continua y la disposición a la lucha,” escribe San Santiago el Menor. El Santo Sacramento de la Confirmación fortalece más el alma, nos hace testigos y soldados de Cristo y capacita más para la lucha hasta el martirio. “Esta misma virtud de ser Soldado de Cristo, reclama a voz en grito el uso de la espada en defensa del Rey de los Cielos y de la tierra, al Cual servimos,” dijo San Gregorio XVII en su Vigésimo Sexto Documento Pontificio.

¡Estad preparados! Haced continuos actos de amor a Dios. “Dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta, sin que os pida otra cosa,” decía San Ignacio. Sólo los que tengan un amor profundo a Jesús podrán alcanzar la victoria. Ya están llegando los tiempos profetizados. Recordemos algunos de los Mensajes de El Palmar que nos dan aliento para perseverar. La Santísima Virgen María dijo: “Queridos hijos. Tras la gran tempestad que se avecina a la Iglesia, vendrá un tiempo de gloria y esplendor, pues está próximo mi Triunfo, cuyo triunfo irá acompañado de grandes glorias para la Iglesia, pues estará sellado con la sangre de los mártires y Apóstoles Marianos de los Últimos Tiempos. Pronto, muy pronto, el mundo contemplará extasiado la era de las grandes maravillas celestiales. Alegraos, queridos hijos, pues ya está cercano el día llamado de María.”

“Y a todos vosotros os pido valor, energía, santa energía. La cobardía no es para los cristianos. Si es preciso, dispuestos a dar vuestras vidas, cuyas vidas pueden salvar otras muchas. La sangre de los mártires santifica a la Iglesia. Hijitos míos: ¡Valor, valor! El Manto Mío os cubre a todos. Bajo mi Manto, caminaréis seguros y protegidos, libres de la asechanza de los lobos. Hijitos míos, no olvidéis que Yo soy la Divina Pastora y que vosotros sois mis ovejitas. Y que Yo cuido por todas mis ovejas. Caminad Conmigo, que al encuentro saldrá Jesús.” “Dad gracias a Jesús por este don que os ha dado, que así tenéis una Madre para que os cuide y os guíe, especialmente en los momentos de persecuciones y tribulaciones.”

Santo Domingo dijo: “¿Qué queréis los hijos de la Iglesia? ¿Acaso pensáis que puede caminar la Iglesia sin mártires? Para que la Iglesia sea fecunda, es preciso la sangre de los mártires. Mas, no todos están llamados a este don celestial. Pero hay muchos llamados que no corresponden a la llamada, y hay muchos que desean ser llamados y no son llamados.” Una de ellos era Santa Teresita, que escribió: “Siento la vocación de guerrero, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir. En una palabra, siento la necesidad, el deseo de realizar por Ti, Jesús, las más heroicas hazañas. Siento en mi alma el valor de un cruzado, de un soldado pontificio. Quisiera morir por la defensa de la Iglesia en un campo de batalla.”

El Señor infunde ánimo a los que sufren: “Hijos míos, ¡alegraos y regocijaos de que seáis perseguidos y calumniados! Bendecid a los que os maldicen, porque cuanto más perseguidos seáis, mayor será la gloria que tendréis. ¿Qué es un cristiano? Es un discípulo mío que toma su cruz y sigue en pos de Mí. Un cristiano sin



Cruz, no es un cristiano. Si el Maestro murió en la Cruz, ¿esperáis ser glorificados en vida? ¡No, hijos míos, antes el Gólgota! Mirad cómo los mártires iban cantando hacia su martirio, y con esa semilla se robustecía la Iglesia primitiva. Hoy también es necesaria la nueva sangración de los mártires. Nuevamente habrá grandes mártires en la Iglesia; y no os preocupéis, no estéis turbados, diciendo: ‘¡Jesús, yo no podré, no tengo fuerzas, no tengo valor, no valgo!’ ¡Que te lo crees tú! Cuando Yo te tome de mi mano, ríase el mundo, que temblarán de cómo soportarás todo por amor hacia Mí.”

Ya es el momento de decidirse: O con Cristo o contra Cristo. Si es con Cristo, entonces “Adelante, Apóstoles de Cristo, adelante, siempre adelante, hasta morir o hasta triunfar,” y así, con decisión y entereza, tened la firme voluntad de cumplir la Santísima Voluntad de Dios, y sobre todo cuando es para tomar el estado religioso, pues en la vida religiosa están los soldados más valiosos y queridos para Cristo y María. Venceremos con el ardor de Cristo, que exclamó: “Fuego vine a poner en la Tierra; ¿y qué quiero, sino que arda? Pues, Yo he venido a incendiar la Tierra con el Fuego de la Caridad, para destruir la falsa paz que da el mundo.”

En este año 2021 no tendremos la acostumbrada peregrinación internacional al Palmar para la Semana Santa, porque los tiempos son difíciles para peregrinos y viajeros. Que cada uno, y cada familia, hagan lo que esté en sus manos para honrar los Misterios de la Semana Santa, y rezad para que se cumpla la Voluntad de Dios. Aceptemos con amor todo lo que la Divina Providencia disponga, y así, aun en medio de las mayores dificultades, podremos todos unirnos a la Sagrada Pasión de Cristo y María.

Dado en El Palmar de Troya, Sede Apostólica, día 2, Fiesta Principal de la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo, febrero del MMXXI, Año de Nuestro Señor Jesucristo y quinto de Nuestro Pontificado.

Con Nuestra Bendición Apostólica
Petrus III, P.P.
Póntifex Máximus



Petrus III P.P.